

LA ARGENTINA

INDUSTRIA ARGENTINA

FLORIÁN OLIVER

6. N. oh 6. 6 sep: 2852-13/93

LA ARGENTINA

TEXTO DE LECTURA PARA CUARTO GRADO

APROBADO POR EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN





1 9 3 3

ISELY & Cia. - RIO BAMBA 761
BUENOS AIRES

132×129×

Sublime desposada de la gloria,

Que baña el Plata y que limita

el Ande. . .

i De pie para cantarla, que es la Patria,

La Patria bendecida!

Olegario V. Andrade.

A los alumnos de cuarto grado

A L escribir las páginas de este libro y al transcribir los capítulos que no me pertenecen, me he imaginado, mis queridos amiguitos, que los tenía a mi lado ayudándome en la tarea. Yo expresaba el pensamiento y ustedes escribían. Leíamos lo escrito y corregíamos en común. Apenas insinuaba yo los temas, la clara inteligencia de ustedes dictaba las líneas y las líneas, y salieron algunas páginas, sino hermosas, llenas de colorido.

Ahora que está la obra terminada, leo y releo lo que hemos escrito y mi satisfacción es grande. Hay algunas fallas, pero las dejo para no quitar la espontaneidad, que es fuente de muchas cosas bellas y buenas.

Mi propósito está cumplido: darles un libro que, aunque en forma breve e incompleta, les hable como un buen amigo de nuestra tierra, para que, conociéndola mejor, la quieran aún más de lo que ya la quieren.

Lean este libro con amor, desde el principio al fin y desde el fin al principio. Lean con detenimiento, como cuando se lee para aprender algo.

Lean con interés, pues ya saben que encontrarán en sus páginas un poco de lo mucho que puede decirse sobre los diversos aspectos de la vida de nuestro país, y esto debe interesarles porque les servirá para complementar lo que aprenden en el aula.

Lean, y estoy seguro que apreciarán mi modesto esfuerzo y mi noble anhelo.

Argentina

E L nombre Argentina fué usado desde los primeros tiempos de la conquista española para distinguir el territorio bañado por el Plata y sus afluentes. Nació, tal vez, del vocablo latino argentum, que significa plata. Al río descubierto por Solís lo llamaron "de la Plata", y por extensión fué dándose el mismo nombre a la vasta extensión regada por el mismo río y sus tributarios.

Pero por primera vez se ve usado Argentina en 1602. Martín del Barco Centenera publicó con ese título un largo poema en el que narra los hechos culminantes de la conquista del Río de la Plata, Perú y Brasil. Pocos años después, en 1612, Ruí Díaz de Guzmán, escribió una obra histórica titulada también, como el poema de Centenera, "Argentina".

Muchos años más tarde, a raíz de las invasiones inglesas, vuelve a usar el mismo sonoro nombre el ilustre poeta don Vicente López y Planes al cantar las victorias alcanzadas en las luchas de la defensa de Buenos Aires. López publicó entonces un largo poema con el título de "El

Triunfo Argentino". El mismo poeta dijo más adelante, en 1813, en un verso de nuestro himno:

"; Al gran pueblo Argentino, salud!"

Aquellos escritores de la época de la conquista bautizaron nuestra tierra con el nombre Argentina; mas, la consagración definitiva la debemos al ilustre autor de nuestra canción patria.



Las provincias

A L producirse el movimiento revolucionario de Mayo, lo que es hoy el territorio argentino estaba dividido en tres intendencias: la de Buenos Aires, la de Córdoba y la de Salta. Al principio se respetó esta división, pero, poco a poco, fueron organizándose las provincias en torno de los pueblos más importantes del interior, y así, en 1814, existían ya siete: la de Buenos Aires, la más extensa, pues comprendía su actual territorio, las regiones del sud y Santa Fe; la de Corrientes, la de Entre Ríos, la de Tucumán, (Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca), la de Salta (Salta y Jujuy), la de Cuyo (Mendoza, San Juan y San Luis) y la de Córdoba (Córdoba y La Rioja).

En 1818 Santa Fe se separó de Buenos Aires, constituyéndose en provincia autónoma. Sucesivamente hicieron lo propio La Rioja, Santiago del Estero y Catamarca, separándose de Córdoba la primera y de Tucumán las dos últimas.

La gobernación de Cuyo vió también disgregarse a las tres provincias que la constituían, y

Salta y Jujuy se separaron en 1834.

Así se formaron, pues, las catorce provincias argentinas; las que están unidas no sólo por imperio de la constitución sancionada por ellas mis-

mas en 1853, sino por los lazos indisolubles del afecto.

Son catorce hermanas que lucharon entre sí en un principio, antes de entenderse, pero que al fin resolvieron marchar juntas, ayudarse, protegerse y cobijarse bajo una sola bandera.

Son las hermanas mayores de nuestra tierra; por eso se gobiernan solas, tienen sus rentas propias, cuidan de su progreso y de su cultura. Unas son más industriosas; otras están mejor situadas, cerca de los grandes ríos y del mar; la mayoría son ricas, porque la naturaleza ha sido con ellas pródiga o porque han trabajado con empeño; algunas son pobres, y para vivir sin ahogo financiero reciben la ayuda del gobierno nacional, que viene a ser en la familia, como el padre de todas. Las hermanas, sin embargo, no hacen distingos; se quieren mucho, viven en completa armonía y felices de formar nuestro grande, hermoso y rico país.

Los territorios

A DEMÁS de las catorce hermanas que por su edad y sus recursos pueden manejarse solas, existen diez hermanos que por no ser todavís mayores de edad, están bajo la tutela del padre, que es el gobierno nacional.

Cuando se hizo la demarcación definitiva de los límites de las provincias, muchas tierras quedaron fuera de esos límites y con ellas se formaron las gobernaciones o territorios nacionales.

Al principio fueron sólo tres los territorios: el del Chaco, el de la Pampa, y el de la Patagonia. Eran muy extensos y estaban poblados de indios. Difícil resultaba, por lo tanto, gobernarlos y se hacía imposible preocuparse seriamente de su progreso. Por ello se organizaron en 1884 nueve gobernaciones: Chaco, Formosa, Misiones (que hasta 1881 formaba parte del territorio de la provincia de Corrientes), La Pampa, Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego. La de los Andes fué creada en 1900, después de terminar el litigio que sobre la posesión de la Puna de Atacama sostuvo nuestro país con Bolivia y Chile.

Varios de esos hermanos están ya en condiciones de gobernarse solos, como lo hacen las hermanas mayores. La Pampa, Chaco y Misiones han progresado tánto, que no necesitan de la ayuda del padre para vivir. Con el trabajo han conseguido la independencia económica y con la obra de la escuela han obtenido la cultura necesaria para pensar por su propia cuenta y tener el derecho de gobernarse a sí mismos.

Y no pasará mucho tiempo para que otros, como Neuquén, Chubut, Río Negro y Formosa, se coloquen también en las mismas condiciones y sean incorporados, junto con los anteriores, a la gran familia argentina en la calidad y condiciones de los hermanos que han obtenido y gozan los beneficios de la mayoría de edad.

La Capital Federal

CUANDO se unieron las provincias para formar una nación, resolvieron que una de ellas, la de Buenos Aires, tuviera a su cargo las relaciones exteriores y ejerciera el poder ejecutivo de la Confederación.

Eligieron a la mayor, a la más rica, a la más poblada y a la que ocupaba una situación geográfica mejor, sobre el Atlántico y los grandes ríos.



Congreso Nacional

Así vivieron hasta que se sancionó la Constitución Nacional en 1853. Después de esa fecha, tuvieron una ciudad en la que residían las autoridades elegidas por ellas mismas para que las gobernara y que por ello era la capital de la República.

La ciudad capital fué primero Paraná, des-

pués, y hasta ahora, Buenos Aires.



Casa de Gobierno

Buenos Aires pertenecía a la provincia de ese nombre. Ahora, por ser la Capital Federal, es el hogar donde residen los que gobiernan todo el país; hogar independiente, pero también hogar de todos los hermanos que constituyen la nación. Independiente, porque ninguna provincia o territorio tiene jurisdicción sobre él; de todos, porque en él están los mandatarios que las provincias eligen para formar la autoridad común, es decir, el gobierno central.



Escudos de las Provincias

BIBLIOT WIAL DE MI - DE

En Buenos Aires ejercen, pues, sus funciones los miembros del gobierno nacional: el presidente y el vicepresidente, los miembros del Congreso y de la Corte Suprema de Justicia, es decir, las personas encargadas de los tres poderes en el orden nacional: Ejecutivo, Legislativo y Judicial.



Avenida de Mayo. — Buenos Aires

"Mi Patria ante todo"

P OR inspirada decisión de sus maestros, el lema de los escolares de la provincia de Buenos Aires es: "Mi patria ante todo".

Encierran esas palabras el más hermoso, el más noble, el más grande propósito que puede enunciar un niño.

Ese lema, que ha de cumplirse con la firme voluntad de que es capaz todo argentino, afirma que esos escolares asistirán a las aulas con el ansia infinita de beber las enseñanzas de sus maestros y prepararse así para servir honrada e inteligentemente a la Patria.

Nos imaginamos a millares y millares de niños en procura de conocimientos que han de aplicar en la vida para provecho de su país. Vemos a todos trabajando con entusiasmo y con fe; los creemos buenos y afectuosos con sus padres, sus maestros, sus camaradas. Y han de ser así y han de proceder así, porque los une y los alienta una divisa que compromete el honor, y ¡jamás un niño argentino faltará a ese compromiso! "Mi patria ante todo", debe ser también el lema de los demás escolares argentinos. ¿Cómo no han de usar con orgullo esa divisa los niños de las otras provincias y de los territorios, si a todos anima por igual un inmenso amor a la Patria?

Sea, pues, este el lema de todos los escolares de nuestro país: "Mi patria ante todo".

Los primitivos habitantes del país

L OS españoles llamaron indios a los habitantes que poblaban el Nuevo Mundo, y los denominaron así porque pensaron que habían llegado a las Indias. Después de comprobarse que en vez de las Indias se trataba de un nuevo continente, siguieron llamando indios a los habitantes, y ese nombre ha l'egado hasta nuestres días.

El actual territorio argentino estaba poblado por unos 100.000 indios, agrupados casi todos ellos en tres razas principales: la quichúa, la araucana y la guaraní, divididas en numerosas tribus.

Los quichúas vivían al N. O.; los araucanos al Sud y los guaraníes en la región bañada por los ríos Paraná y Uruguay y sus afluentes.

Entre las tribus que habitan el N. O. argentino, pueden citarse: Diaguitas, Lules, Calchaquíes, Humahuacas, Calingastas y Comechingones.

Los que vivían en la región bañada por los grandes ríos, estaban constituídas, principalmente, por los Caracaras, Timbúes, Tapes, Tobas, Guaycurúes y Minuanes. En la región del Sud vivían los Puelches, Araucanos, Querandíes, Tehuelches y Patagones y en la Tierra del Fuego los Fueguinos y Onas.



Los más civilizados de todos los aborígenes eran los quichúas. Construían sus viviendas de piedra o de adobe; labraban la tierra; fabricaban objetos de alfarería; trabajaban el oro, la plata y el cobre; tejían telas con lana de vicuñas y guanacos; tenían organizada rudimentariamente la ad-

ministración pública; reconocían la autoridad de un jefe y de los funcionarios que le acompañaban; conocieron y practicaron el riego de las tierras, construyendo canales, y, en fin, aunque no conocían la escritura, expresaban sus ideas por medio de nudos que hacían en cordones de distintos tamaños y colores, a los que llamaban quipus. Usaban como armas la honda, el hacha y la flecha.

Los araucanos eran los indios más civilizados de todos los que habitaban en el Sud de nuestro territorio. Vivían en caseríos, labraban la tierra, tejían telas a las que les daban vistosos coloridos, eran rústicos alfareros. La lanza, la honda y las boleadoras eran las armas más usadas. Las demás tribus eran nómades, y vivían de la caza y de la

Predomina en esta masa de población el elepesca. Las tribus que habitaron la región bañada por los grandes ríos, eran nómades, aunque algunas construían como viviendas chozas de ramas y cueros. Se alimentaban del producto de la caza y de la pesca, pero también algunas cultivaban el maíz, la batata y la mandioca. Construían canoas (piraguas) con trozos de árboles, y en ellas navegaban por los ríos.

Los indios defendieron heroicamente su libertad. Mucho trabajo costó a los españoles someterlos, y si lo consiguieron al fin fué por contar

éstos con mejores medios para la lucha.

.52555555

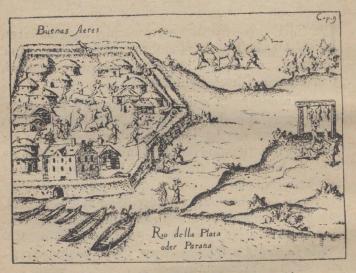
Penuria de los primeros pobladores de Buenos Aires

ENTRE los expedicionarios que acompañaron a don Pedro de Mendoza, debe citarse especialmente a Luis de Miranda, sacerdote español, y al alemán Ulrich Schmidel.

Miranda es el autor de la primera poesía escrita en el Río de la Plata y Schmidel de unas crónicas que mucho ilustran sobre la historia de los primeros tiempos de la conquista española. Los dos asistieron a la fundación de Buenos Aires; combatieron con los indios que asediaron y destruyeron la población; sufrieron grandes penurias, sobre todo hambre, y por fin se radicaron en Asunción. Allí escribió, posiblemente, fray Luis de Miranda la elegía a Buenos Aires, que copiamos fragmentariamente a continuación.

Schmidel regresó a su patria y en 1567 publicó sus crónicas. De éstas sacamos los párrafos que se refieren a las penurias pasadas en Buenos Aires duranțe el asedio de los indios, en los que narra el horrible hecho de haber comido algunos soldados españoles la carne de sus propios compañeros, que fueron ahorcados por haber robado un caballo. Esto lo dice también Luis de Miranda:

Las cosas que alli se vieron no se han visto en escritura: comer la propia asadura de su hermano.



El fuerte de Santa María de los Buenos Aires (Grabado que ilustra el libro de U. Schmidel)

Elegía a Buenos Aires

Por los malos tratamientos muchos buenos se acabaron, v otros los indios mataron en un punto. Lo que más que aquesto junto nos causó ruina tamaña fué la hambre más extraña que se vió; la ración que allí se dió de farina o de bizcocho, fueron seis onzas u ocho mal pesadas. Las viandas más usadas eran cardos y raíces, v a hallarlos no eran felices todas veces.

Pocos fueron o ninguno que no se viese citado sentenciado y emplazado de la muerte; más tullido el que más fuerte, el más sabio, el más perdido, el más valiente, caído y hambriento.

Almas puestas en tormento era vernos, cierto, a todos de mil maneras y modos va penando; unos continuo llorando. por las calles derribados; otros lamentando echados tras los fuegos; del humo y cenizas ciegos v flacos, descoloridos; otros de desfallecidos, tartamudos. Otros del todo ya mudos, que el huergo echar no podían, ansi los tristes morian rabiando.

Párrafos de las crónicas de Ulrich Schmidel

E L muro de la ciudad (Buenos Aires) tenía de ancho tres pies; mas, lo que un día se levantaba se nos venía abajo al otro; a esto la gente no tenía que comer, se moría de hambre y la miseria era grande; por fin, llegó a tal grado, que ya ni los caballos servían, ni alcanzaban a prestar servicio alguno. Allí aconteció que llegaron a tal punto la necesidad y la miseria, que por razón de la hambruna ya no quedaba ni ratas, ni ratones, ni culebras, ni sabandija alguna que nos remediase de nuestra gran necesidad e inaudita miseria; llegamos hasta comernos los zapatos y cueros todos.

Y aconteció que tres españoles se robaron un rocín y se lo comieron sin ser sentidos, mas cuando se llegó a saber, los mandaron prender e hicieron declarar con tormentos, y luego que confesaron el delito, los condenaron a muerte en horca y los ajusticiaron a los tres. Esa misma noche otros soldados se arrimaron a los tres españoles colgados en las horcas y les cortaron los muslos y otros pedazos de carne, y cargaron con ellos a su casa para satisfacer el hambre.

La conquista espiritual

L A pacificación de los indios fué un problema de difícil solución. El empleo de la fuerza no era el medio más apropiado; había que emplear muchos recursos y se perdían muchas vidas. Las encomiendas tenían sus ventajas; se obtenía la colaboración del indio en los trabajos, pero no era el procedimiento más plausible, pues, en definitiva, los aborígenes estaban sometidos a la esclavitud sin recibir por sus tareas mayores beneficios.

Para obtener esa pacificación se establecieron las misiones religiosas, confiadas a sacerdotes de distintas órdenes: jesuitas, domínicos, mercedarios, franciscanos, pero los que más se distin-

guieron fueron los jesuitas.

Los sacerdotes, desafiando los peligros, se internaban entre los indios predicando el evangelio, y los reunían en pequeños pueblos que se llamaban reducciones.

Las reducciones más importantes las establecieron los jesuitas en el actual territorio de Misiones.

En cada reducción había una plaza, la iglesia, una escuela para niños y las chozas en donde habitaban los indios.

Un sacerdote se encargaba de la administración y otro de la enseñanza y práctica de la religión. Se ocupaban principalmente de cultivar tabaco, maíz, algodón, caña de azúcar, y, en algunas partes, en trabajos de ganadería. Los productos que sobraban se trocaban por herramientas para la labranza, instrumentos musicales, etc.

El idioma oficial era el guaraní.

Los indios vivían contentos en las reducciones, aunque estaban sometidos a una disciplina severa. Trabajaban y descansaban de acuerdo con un horario establecido por los misioneros. No aprovechaban del producto del trabajo, sino para comer y para vestirse sumariamente. No podían alejarse del pueblo, ni salir de sus casas de noche.

Los niños aprendían a leer y a escribir en gua-

raní, y los hombres la música y el canto.

Los jesuitas fundaron alrededor de treinta pueblos.

La primera escuela

DURANTE el período de la colonia fué muy escasa la preocupación por la cultura popular. Solamente los hijos de las familias ricas podían instruirse porque la enseñanza no era gratuita.

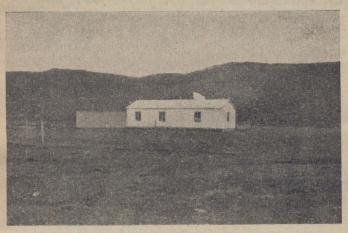
Hacia 1600 se fundó en Buenos Aires la primera escuela sostenida por el Rey de España y por ello se llamó "Escuela del Rey". La enseñanza se reducía a lectura, escritura, catecismo y elementos de aritmética para los varones, y sólo lectura y catecismo para las mujeres. Siguiendo una costumbre tradicional, las mujeres no aprendían otra cosa que a leer; debían ignorar otros conocimientos: nada de escritura, de aritmética, de ciencias; con la lectura tenían bastante, a juicio de los gobernantes y maestros.

El fundamento principal de toda enseñanza era la religión, aun en las escuelas fiscales. Todo se relacionaba, pues, con la historia sagrada, la

vida de los santos, el catecismo.

Los patriotas, apenas iniciada la campaña para lograr la independencia, cambiaron la denominación de las escuelas y las llamaron "de la patria". Crearon muchas de éstas en todo el territorio y transformaron también la orientación de la enseñanza.

Además de darles un espíritu más liberal, ampliaron el programa de estudios y las niñas pudieron ya aprender a escribir, a contar y a prepararse con otros conocimientos para ser más útiles en la nueva sociedad organizada por la revolución.



Escuela Nacional al pie de la Cordillera

Nuestra escuela

L A escuela actual, ¡qué contraste con la de las épocas pasadas!, constituye para nosotros un motivo de orgullo. La tenemos en las grandes ciudades, en los pueblos, en las aldeas, en la llanura, en las montañas: allí donde existe un grupo de niños en edad escolar.

Funcionan unas en verdaderos palacios, otras en casas modestas y aun algunas en ranchos que cobran un valor inmenso porque flamea sobre el techo de paja y barro la bandera nacional.

En los confines de los territorios nacionales, en las aldeas más humildes de las provincias, en las colonias agrícolas, en las islas del Paraná, en las regiones más ardientes del norte, en las templadas del centro, en las frígidas del sud, en todas partes la nación o las provincias han fundado escuelas para que el pueblo se instruya.

Miles y miles de escuelas se hallan esparcidas en la inmensa extensión del territorio argentino, como avanzadas de la civilización. Más de un millón de niños acude a ellas en busca de los conocimientos que necesitan para la lucha por la vida.

Nuestra escuela es nuestro orgullo, no sólo por el número sino también porque sus programas consultan todas las nuevas formas de la educación. Los niños y las niñas tienen el mismo derecho a instruirse y a recibir iguales enseñanzas. Es la escuela que sirve lo mismo al rico que al pobre, al religioso que al liberal. Es la escuela democrática y laica, en la que tienen cabida todos, sin distinción de razas, nacionalidad, religión, ni creencias políticas.

Nuestra escuela es, por todo eso, nuestra mejor esperanza. A ella le debemos que nuestro país tenga ya un alto nivel de cultura; a ella le deberemos que nuestro país ocupe uno de los primeros lugares entre las naciones civilizadas del globo.



La Escuela

CI, querido Enrique; el estudio es duro para ti, omo dice tu madre; no te veo ir a la escuela con aquel ánimo resuelto y aquella cara sonriente que vo quisiera. Tú eres algo terco; pero, oye: piensa un poco y considera qué despreciables y estériles serían tus días si no fueses a la escuela! Juntas las manos, de rodillas, pedirías al cabo de una semana volver a ella, consumido por el hastío y la vergüenza, cansado de tu existencia y de tus juegos. Todos, todos estudian ahora, Enrique mío. Piensa en los obreros que van a la escuela por la noche, después de haber trabajado todo el día; en las mujeres, en las muchachas del pueblo que van a la escuela los domingos después de haber trabajado toda la semana; en los soldados que echan manos de libros v cuadernos cuando vienen rendidos de sus ejercicios: piensa en los niños mudos y ciegos que, sin embargo, estudian, y hasta en los presos, que también aprenden a leer y a escribir. Pero ; qué más! Piensa en los innumerables niños que se puede decir que a todas horas van a la escuela en todos los países; míralos con la imaginación como van por las callejuelas solitarias de la aldea, por las concurridas calles de la ciudad, por la orilla de los mares y de los lagos, ya bajo el sol ardiente, va entre las nieblas, embarcados, en los

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

LA ARGENTINA



países cortados por canales, a caballo por las grandes llanuras, en zuecos sobre la nieve, por valles y colinas, atravesando bosques y torrentes; por los senderos solitarios de las montañas, solos, por parejas, en grupos, en largas filas, todos con los libros bajo el brazo, vestidos de mal modo, hablando miles de lenguas; desde las últimas escuelas de Rusia, casi perdidas entre hielos, hasta las últimas de Arabia, a la sombra de las palmeras; millones y millones de seres que van a aprender, en mil formas diversas, las mismas cosas; imagina este vastísimo hormiguero de niños de mil pueblos, este inmenso movimiento, del cual formas parte v piensa: si este movimiento cesase, la humanidad caería en la barbarie; este movimiento es el progreso, la esperanza, la gloria del mundo. Valor, pues, pequeño soldado del inmenso ejército. Tus libros son tus armas, tu clase es tu escuadra, el campo de batalla la tierra entera, y la victoria la civilización humana. ¡No seas un soldado cobarde, Enrique mío! Tu padre.

E. de Amicis.



La distracción

Episodio escolar

L A lección se desarrollaba en un ambiente de profundo silencio. Los niños, con los bracitos cruzados, inmóviles, sentados en sus bancas por riguroso orden de estatura, permanecían como convidados de piedra, casi sin pestañear, ante la mirada fría y escrutadora de la maestra novel, que exponía. en tono de autoridad inapelable.

De pronto, la maestra se interrumpió, su mirada se detuvo en un punto fijo, y dirigiéndose a un alumno blanco y rubio como un ángel, le llamó sin ser oída. Un camarada le despertó de su ensimismamiento, y el niño, poniéndose rápidamente

de pie, murmuró con timidez:

-Señorita...

— Por qué no atiendes como tus compañeros? Ayer observé lo mismo... Es que estás, acaso, pensando en alguna travesura? — increpóle duramente la maestra.

El niño bajó sus grandes ojos claros; luego, los elevó al firmamento azul que se contemplaba por el amplio ventanal, y dirigiéndose en puntillas al frente de la clase, se cuadró militarmente delante de su maestra. Con voz queda, muy queda, exclamó desde lo íntimo de su almita inocente,

mientras una lágrima furtiva empañaba su cándida pupila:

-Perdón, señorita, es que estaba pensando...

¡estaba pensando en mi madre muerta!!...

Una onda de intensa emoción cundió por el aula. Un estrujamiento común en el corazón de todos los niños, consolidó en lo más hondo del alma el sentimiento arraigado del compañerismo.

El rostro de la maestra se iluminó de bondad, sus labios mudos, dibujaron la infinita ternura de una sonrisa, y como si su espíritu se encendiera de pronto en la luz meridiana de un día primaveral, alzando sus ojos a la serenidad de un cielo sin nubes, dijo lentamente: —¡Cuán hermoso es el sol de este día que alumbra nuestras almas como exhortación de amor y de paz! ¡Bendito sea el niño, que sabe abstraerse en el santo recuerdo de la madre! ¡Vamos, vamos al jardín, a entonar, jugando, la suprema canción de la vida!...

F. Julio Picarel.

La primera imprenta

En la organización de las misiones del Alto Uruguay y el Alto Paraná, tuvieron los sacerdotes muchas iniciativas interesantes, pero ninguna la originalidad de la que se refiere a la creación de una imprenta. Fué esta la primera que se estableció en nuestro país. Pero lo importante no está solamente en haber sido la primera, sino que todos sus elementos, cajas, mesas, tipos, etc., fueron fabricados en las misiones por los indios que habían sido arrancados de la vida salvaje poco tiempo antes.

Los jesuitas habían aprendido el guaraní, idioma de los naturales de la región donde establecieron las misiones, y en esa lengua enseñaban a leer y a escribir a los indios. El castellano estaba proscripto, y es natural, entonces, que todo lo que se imprimía en esa minerva primitiva debía

de ser en guaraní.

Producida la expulsión de los jesuitas, esa histórica imprenta quedó abandonada, desaparecien-

do después.

La primera imprenta que tuvo Buenos Aires, fué traída de Córdoba e instalada en la casa de los niños expósitos. Sirvió al principio para la impresión de catecismos, novenarios, libros de iglesia; más tarde para la impresión de "La Gaceta" y de todos los documentos oficiales.

Aun se conserva en el Museo Histórico de Buenos Aires la pequeña y rudimentaria prensa utilizada en dicha imprenta. ¡Qué contraste extraordinario y sorprendente con la complicada y admirable maquinaria que la industria moderna ha creado para la publicidad escrita!

Producciones e industrias durante la colonia

L A ganadería, la agricultura y la fabricación de tejidos constituían las ocupaciones princi-

pales de los habitantes de la colonia.

Fué don Pedro de Mendoza quien introdujo los primeros caballos en el territorio del Plata. Más tarde trajo de España algunos más el adelantado Alvar Núñez. Las vacas, ovejas, cabras y cerdos se importaron del Perú. Debido a las condiciones especiales del suelo, a la abundancia y buena calidad de las aguas y los pastos, el ganado se multiplicó rápidamente, llegando a constituir

una gran riqueza.

El producto que se utilizó con preferencia fué el cuero seco y curtido, exportándose en ambas formas. Se preparaba el tasajo con carne de vaca y esto constituyó un motivo importante de comercio. Los trabajos agrícolas lo efectuaban comúnmente los indios que pertenecían a los encomenderos y los de las misiones jesuíticas. Se cultivaba el trigo, el maíz, la caña de azúcar, el algodón, la vid; se cosechaba en Misiones y en el Paraguay la yerba-mate. Poco desarrollo adquirió la agricultura en el período colonial; se cosechaba sólo lo in-

dispensable para el consumo local y muy poco que-

daba para el comercio de exportación.

En las provincias del norte adquirió alguna importancia la industria del tejido. Con la lana de oveja y de vicuña y el algodón se fabricaban buenas telas, frazadas y ponchos en cantidad suficiente para las necesidades de la población.

La minería era una industria rudimentaria en el Río de la Plata; tuvo sí, mucha importancia en otras regiones de América, como México y el

Perú.



"El trabajo", escultura del artista Adina

Las Industrias

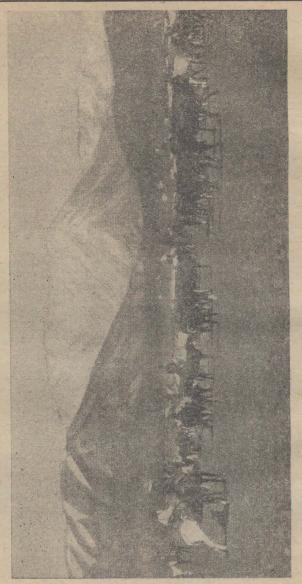
L AS condiciones del suelo y del clima determinan las ocupaciones principales de los habitantes de un país.

Con un suelo fértil, regado por numerosos ríos, con lluvias frecuentes, es natural que los de nuestro país se dedicaran a la agricultura; y siendo abundantes los pastos y mucha el agua potable, es natural también que la cría del ganado constituyera una de sus ocupaciones predilectas.

Desde la época colonial hasta nuestros días, la agricultura y la ganadería han sido las fuentes principales de la riqueza. Claro está que con el progreso en los medios de transporte, con el perfeccionamiento de los elementos de labranza, con la preocupación de los hacendados por mejorar la calidad del ganado para que dé más producto, esas industrias han alcanzado un desarrollo extraordinario.

Los cultivos se hacen ahora racionalmente; se prepara la tierra, se selecciona la semilla, se siembra en época oportuna, de acuerdo con el clima y la posibilidad de las lluvias en las regiones donde no existe el riego artificial.

Las extensiones cultivadas han aumentado considerablemente gracias al empleo de las ma-



Un rodeo al pie de los Andes

quinarias agrícolas y a la creciente demanda de

nuestros productos.

La ganadería progresó también en forma sorprendente. Aquel ganado criollo, descendiente del que trajeron los conquistadores españoles, ha desaparecido casi por completo. Hoy el ganado, especialmente el vacuno, es casi todo mestizo, mezela del criollo con los productos llamados de raza o puros, importados de Europa.

Así como han mejorado los cultivos y el ganado, así también se acrecentaron las industrias

derivadas de esas dos fuentes de riqueza.

La importación de tejidos de lana y algodón se hace ahora en reducida escala. En el país se fabrican telas de excelente calidad y en cantidad suficiente para satisfacer las necesidades locales.

La industria del cuero y de la madera, la elaboración del vino, la del azúcar y la de la yerba, la preparación de conservas y de dulces, adquieren cada día mayor importancia.

No puede decirse todavía que el nuestro es un país industrial; sin embargo, va en camino de

serlo.

El petróleo en la Argentina

Adaptado

El territorio de la Patagonia, que comprende las gobernaciones situadas al sur de Río Negro, lo forman terrenos poco aptos para la agricultura, siendo en cambio, muy apropiados para la cría de la oveja.

Las poblaciones del norte, situadas en su mayoría en los terrenos más fértiles de la Cuenca Vidal, extendieron su acción al sur, formando pequeños núcleos poblados, que no pudieron alcanzar próspero desarrollo por la falta de agua potable.

El gobierno nacional, atendiendo al desenvolvimiento y riqueza del país, ordenó que se hicieran perforaciones en diferentes puntos, para el aprovisionamiento de agua.

En marzo del año 1907 se comenzó una perforación en Comodoro Rivadavia, puerto del Chubut, situado sobre el Atlántico, en el golfo de San Jorge.

La perforación se hizo en un valle comprendido entre el Cañadón Tourneur y el Pico Salamanca, alcanzándose en diciembre del mismo año una profundidad de 535 metros. Mas, en vez de la deseada agua potable, se encontró un yacimiento de aceite de petróleo que, si en una forma defrau-

daba esperanzas, en otra abría ancho horizonte a la futura grandeza nacional.

El azar, pues, al que la humanidad debe tantas conquistas, ha venido también en nuestro suelo a desempeñar su importante rol, y lo que hoy, con medios deficientes, deja entrever un seguro porvenir, en corto plazo será un emporio de riqueza, surcado de ferrocarriles que rescatarán, para la civilización y el progreso, campos estériles que el trabajo del hombre tornará pródigos.

Comodoro Rivadavia, hasta ayer punto perdido en ese vasto territorio patagónico, está llamado a ser centro floreciente de poderosas actividades, lo mismo que otros centros del lejano norte del Chaco Santafecino, donde también se han encontrado yacimientos de aceite de petróleo, combustible precioso que en nuestras dilatadas regiones resuelve el problema del transporte. Y si los ríos, al decir del genial Sarmiento, son caminos que andan, los ferrocarriles, en nuestro decir, son caminos que vuelan y borran las distancias.

Enrique Richard Lavalle.

Elevadores de granos

E L paseo al puerto, realizado el domingo último en compañía de su padre, dejó en Mateo una impresión agradable. Mateo era un provincianito recién llegado a Buenos Aires. Su corta vida había transcurrido en un pueblo mediterráneo y de su país no conocía más allá de las chacras que circundaban su pueblo natal.



En la escuela había estudiado, entre otras cosas, geografía; pero, de lo aprendido nada le despertaba la curiosidad.

Todo comparaba a lo que él había visto. ¿La ciudad de Córdoba? Será un pueblo más grande que éste, pensaba, refiriéndose al pueblo donde vivía. ¿El río Paraná? Será uno más ancho que el río Tercero. ¿La selva de Montiel? Pues tendrá unos árboles más que el montecito que está allá, cerca de la chacra de don Emilio.

Todo comprendía así, comparando con lo que sus ojos estaban habituados a ver y quedaba conforme. Sin embargo, había algo que aun comprendiendo lo que era anhelaba conocer: un puerto, y sobre todo, el de Buenos Aires. Ver los transatlánticos, los buques a vela; tenerlos cerca, tocarlos! Era su sueño dorado. Y su sueño se realizó un día.

Su familia se radicó en Buenos Aires, y Mateo, impaciente por salir de la curiosidad, quiso ir al puerto el mismo día de la llegada. Su padre le prometió llevarlo el domingo siguiente, y así lo hizo.

Recorrieron las dos dársenas y llegaron hasta Puerto Nuevo. Es de imaginar la alegría de Mateo. Primero vieron innumerables buques a vela, de los que realizan el comercio de cabotaje. Después los vapores que hacen la carrera por el Paraná, el Uruguay, el Paraguay y el Plata. Por último los inmensos transatlánticos. El niño no se cansaba de preguntar. "Papá ¿a dónde va ese vapor? ¿Cómo se llama ese buque? "El padre respondía a todo y participaba también de la alegría de su hijo.

Más de una hora habían caminado ya cuando Mateo se detuvo y preguntó lleno de admiración.

—; Y aquellos gigantes, papá, qué son?

Se aproximaron a los gigantes, el papá ex-

plicó:

—Son elevadores de granos.

—¿Elevadores?—Sí, hijo mío.

- —¿Y para qué sirven? inquirió de nuevo el niño.
- —Este es, precisamente, dijo el padre, un asunto que me interesa y por el cual estamos radicados provisoriamente en Buenos Aires. He venido en representación de una cooperativa, constituída por los agricultores de nuestra provincia, a realizar gestiones para construir en varias estaciones de ferrocarril gigantes como éstos.
 - -Bien, papá, ¿para qué sirven?
- —A eso voy, hijo. Como ves, son enormes columnas, que se hacen de mampostería o de hierro. Por medios mecánicos se elevan desde los vagones de ferrocarril o desde los buques, o se descargan hasta éstos, el maíz, el trigo y otros cereales. Al elevar a la parte más alta en ese enorme silo, van quedando las impurezas, tierra, pajitas, yuyos, que hubieran podido mezclarse a los granos. Quedan éstos limpios y listos para el embarque.

Además de las ventajas que significa economizar personal para la carga y descarga y la limpieza de los granos, los elevadores también evitan el enorme gasto de las bolsas y del hilo. En nuestro país sólo en bolsas y en hilo sisal — para

coser bolsas — se gasta anualmente varios millones de pesos.

-¿En otras partes hay también elevadores?

-En todos los países agrícolas...

—No, papá, interrumpió el chico, en el nuestro.

—Sí, hay varios, y pronto tendremos en todas las zonas agrícolas, en las estaciones de ferrocarril. Estos que ves, como los que hay en Rosario y Bahía Blanca, se llaman elevadores terminales, porque en ellos se depositan los granos para la exportación.

En esos momentos uno de los elevadores arrojaba, por un grueso tubo, granos de maíz a la bodega de un buque. Pudo así Mateo apreciar de cerca una de las funciones que realizan los elevadores, y se retiró lamentando no ver la otra tarea, más de acuerdo con el nombre: elevar los granos.

Los transportes terrestres



Pelota de cuero

L a comodidad y rapidez con que pueden ahora efectuarse los viajes, cubriendo a veces enormes distancias, como la que media entre Mendoza y Buenos Aires, por ejemplo, nos permiten comprender mejor

las molestias y la lentitud con que ellos se realizaban hasta hace relativamente pocos años.

¡Viajar en carreta y a paso de buey!

En largas caravanas, con ejes que crujían cual si fueran azotados por intenso dolor, cruzaban el desierto argentino trayendo y llevando en sus rústicas entrañas al pasajero sin apuro, y los productos de la chacra y de la estancia, los artículos manufacturados que habían cruzado el Atlántico y bajaron en los puertos de Rosario o Buenos Aires.

Era, sin embargo, un medio de transporte lento, pero seguro, si es que escapaban los viajeros al malón que los asechaba de continuo para dar su zarpazo a la caravana y robar y matar si era necesario. La carreta, con todo, contribuyó en gran parte al progreso de una inmensa zona del país. Claro está que ese progreso marchó en relación a la lentitud de la marcha de la propia carreta.

¡Viajar en galera! Con sólo pensar en el traqueteo y en la rapidez impresa por el galope ten-



Museo de Luján. — Sala de transportes

dido de diez o más caballos, exponiendo la vida durante todo el viaje, nos domina el deseo de quedarnos quietos! Sin embargo, para trasladarse con rapidez no había en aquella época más remedio que utilizar la famosa galera y darse todavía por satisfecho de tenerla para ir al punto deseado, pues no todos los pueblos del interior se comunicaban entre sí por ese medio.

Cuando había apuro, el *chasqui* partía veloz, *matando caballo*, para llevar el parte o la misión urgente. Era, para aquellos felices tiempos, como el telégrafo en nuestros días.

Con cierto placer evocamos siempre esa época en que la llanura argentina se animaba con el chirriar de la carreta, el traqueteo de la galera y la carrera del caballo que azuzado por el chasqui diligente abreviaba las distancias entre posta y posta. Es que al par que nos sentimos seguros de no recurrir ya a esos medios primitivos, porque contamos con el ferrocarril, el automóvil o el aeroplano y con magníficos caminos, experimentamos un sentimiento de admiración hacia todos los que hicieron grande a esta patria contando con esos recursos limitados.

¡Cómo no admirar la hazaña de Belgrano que recorrió con su ejército quinientas leguas para llevar la libertad a un pueblo hermano, cruzando ríos, bosques, pantanos! Hoy ese mismo trayecto se recorre en ferrocarril y puede trasladarse cómodamente un ejército de diez o veinte veces superior al que él llevara, en pocas horas.



La caballería argentina Perdriel

DON Juan Martín de Pueyrredón, hijo de Buenos Aires, dando pruebas de patrióticos sentimientos, reclutó en los alrededores de la ciudad y la campaña 700 paisanos, con los cuales pensó sitiar al vencedor.

Aquella pequeña caballería recluta y mal ar mada, resistió valientemente el ataque de los ingleses en la chacra de Perdriel; pero fué vencida y puesta en dispersión. De ese modo, por primera vez, se organizó un cuerpo de caballería criolla, arma de nuestro ejército cuya temeridad y valentía han dejado honrosa gloria, al combatir por la libertad de medio continente.

El esfuerzo de Pueyrredón no fué estéril, y puede considerarse como el movimiento inicial de la Reconquista.

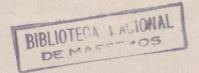
Digno de mencionarse es el episodio abnegado que ocurrió en este pequeño encuentro, Habiendo sido muerto el caballo que montaba Pueyrredón y estando éste en peligro de ser ultimado por los soldados ingleses, un criollo, de apellido Márquez, con riesgo de su vida, salvó a su jefe, ofreciéndole la grupa de su caballo. Esta acción generosa fué premiada por el sentimiento popular, que bautizó al puente por donde huyó el valiente gaucho con Pueyrredón, con el nombre de Puente de Márquez.

José R. Millán

Del libro Historia Argentina

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS





Los colores nacionales



A raíz de las invasiones inglesas se habían popularizado en Buenos Aires los colores blanco y azul, especialmente entre el elemento nativo. Y la razón fué ésta: eran los colores del uniforme de los Patricios, el regimiento mandado por don Cornelio Saavedra y que tuviera tan gloriosa actuación en la defensa de la ciudad y en los prolegómenos de la Revolución de Mayo. Para los na-

tivos era ese regimiento como algo propio, y era su orgullo y era su gloria. Natural fué, pues, que los colores del uniforme de los soldados que lo componían, se hiciese familiar a los criollos y que tuvieran por ellos especial predilección. Así se explica que French repartiera cintas blancas y azules a los patriotas que se reunieron en la Plaza Mayor el día 25 de Mayo de 1810. Tendría grabados en la retina y en el alma esos colores, y al penetrar a una tienda a buscar distintivos para los criollos que expresaban su voluntad de ser libres, eligió entre varias piezas de cintas, las que tenían esos colores.

La aceptación de ese distintivo como símbolo nacional se realizó más tarde y fué su iniciador el

ilustre General Belgrano.

El también eligió aquellos colores, pues quiso que las tropas que estaban bajo su mando usaran una enseña propia que sirviera para distinguirlas en la acción y para estimular el valor de los soldados.

El 13 de Febrero de 1812 escribió desde Rosario al Gobierno diciéndole: "Parece llegado el caso de que V. E. se sirva declarar la escarapela nacional que debemos usar para que no se equivoque con la de nuestros enemigos". Pocos días después, el 18 de Febrero, el Triunvirato constituído por don Feliciano Chiclana, don Manuel de Sarratea y don Juan José Paso y don Bernardino Rivadavia como secretario, atendiendo a la sugestión de Belgrano, dispuso: "En acuerdo de hoy se ha resuelto que desde esta fecha en adelante, se hava, reconozca y use por la tropa la escarapela que se declara nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y deberá componerse de dos colores, blanco y azul celeste, quedando abolida la roja con que antiguamente se distinguía".

El Gobierno oficializó así los colores predilectos del pueblo de Buenos Aires, los mismos del uniforme del glorioso Regimiento de los Patricios, los que eligiera French en el memorable día de Mayo y los que determinara la inspiración patrió-

tica del General Beigrano.

Nuestra bandera

DíA de gloria debió ser para Belgrano aquel en que llegó a su conocimiento la resolución del Triunvirato sobre el uso de la escarapela nacional. Lleno de patriótico entusiasmo reunió a la tropa, la que ostentaba el nuevo distintivo, y después de las atronadoras salvas de la artillería emplazada en la batería Independencia, dijo: "Juremos vencer a los enemigos interiores y exteriores y la América del Sur será el templo de la Independencia y de la Libertad".

Pero el General Belgrano no pudo conformarse con un distintivo tan pequeño y pensó que debía usarse uno más grande, que tremolara al viento y se lo viese de lejos. Y escribió al Gobierno: "Las banderas de nuestros enemigos son las que hasta ahora hemos usado; pero ya que V. E. ha determinado la escarapela nacional con que nos distinguiremos de ellos y de todas las naciones, me atrevo a decir a V. E. que también deberían distinguirse aquéllas y que en estas baterías no deberían tremolar sino las que V. E. designe. ¡Abajo, Exemo. señor, esas señales exteriores que para nada nos han servido y con las cuales parece que aun no hubiésemos roto las cadenas de la esclavitud!" Impaciente por llevar a la práctica su noble pensamiento, no esperó la respuesta y Belgrano y sus tropas tuvieron la gloria de ver izada la pri-

mera bandera argentina.

Aunque el Gobierno desaprobó la conducta de Belgrano y ordenó que siguiera usándose por los ejércitos patriotas la bandera española, la azul y blanca, que se enarboló por vez primera en las barrancas del Rosario y fué arrullada por las brisas del Paraná, quedaba consagrada desde ese momento como la bandera de la Patria.

La Bandera

Bandera de Belgrano, pabellón de los libres, en la historia de medio continente americano, con un sol, como un símbolo de gloria, para alumbrar el derrotero humano; blanca y azul bandera, bandera augusta de la patria grande, la triunfadora de la lid guerrera, enseña egregia de una raza austera, manto del Plata y águila del Ande.

Perínclito estandarte que sobre el mástil redentor ondeas, ayer blasón para el soberbio Marte, en rudas epopeyas giganteas, y hoy, bandera de paz: ¡Bendita seas!

Gerardo Barberán Aquino.

Gesto patriótico

DON Luis Ordóñez, español de origen pero argentino de corazón, es un hombre rico. Nunca hace alarde de su fortuna; es modesto, sencillo, caritativo. Cuando alguna persona requiere su ayuda para emprender un negocio o realizar un trabajo, él se la presta con agrado y desinterés.

Con frecuencia contribuye para el sostenimiento de asilos y hospitales, y más de un club deportivo o cultural de muchachos del barrio en donde vive, lo cuenta como principal sostenedor.

Vive solo; tuvo la desgracia de perder a su

esposa y de no ser padre.

Los niños le encantan y sobre todo los que son escolares. "¡Qué dicha es ver — decía una vez — esa bandada de palomas al salir de la escuela!"

Ese cariño hacia la niñez hizo que tuviera un noble gesto: donó una suma de dinero para la construcción de un gran edificio destinado a una escuela.

La prensa dió la noticia e hizo el elogio merecido.

Comentando el hecho en el grado, el maestro recordó que respecto a donaciones de esa especie hay un antecedente hermoso. Belgrano había obtenido las victorias de Tucumán y Salta. El gobierno llenó de honores al ilustre vencedor y le otorgó, además, un premio en dinero, consistente en cuarenta mil pesos.

Belgrano era pobre; esa suma le hubiera servido para pasar desahogadamente algún tiempo, cuando ya su salud o su edad no le hubiera permitido seguir esa vida de sacrificio. Sin embargo, la destinó para la erección de cuatro escuelas primarias en Santiago del Estero, Jujuy, Tucumán y Tarija.

Y terminó el maestro: —Simpático el gesto de don Luis; ojalá lo imiten todos los ricos y ganarían con ello la escuela, los niños y los propios donantes, porque gozarían de la consideración y el respeto de todos. Pero midan ustedes el valor del gesto del General Belgrano. ¿Puede pensarse en que haya uno solo que lo imite?

El Himno Nacional

Oíd, mortales, el grito sagrado!



A LLA por el año 1813 era uno de los salones más concurridos en la reducida sociedad de esta capital, el de la señora María Sánchez de Thompson; y en él fué donde se oyó por vez primera la música del Himno Nacional. Allí llevó el poeta Luca una de las hojas húmedas aún, recién salidas de la im-

prenta, y ante la reunión de todas las noches, en la del sábado 14 de mayo, leyó los versos inolvidables de su amigo, el señor don Vicente López y Planes.

Con no menos aplausos fueron escuchados en tan selecta reunión, como en la tarde del 11, en que entre las primeras lágrimas de entusiasmo que arrancaron, atravesó el recinto de la asamblea el pceta fray Cayetano Rodríguez, y rompiendo la BIBLIOTECA NACIONAL



BIBLIOTEUA I A TOWAL

composición a él encomendada, abrazó al señor López en el arrebato de su más sincero entusiasmo.

Tres días después rodeaban al viejo clavicordio de mi señora doña Mariquita, el doctor García, Rojas, Molina, el mismo López, don Valentín Gómez, Picazarri, Parera, cuando entre exclamaciones repitió de Luca su magistral lectura.

Al poco rato, Thompson tocaba (de una vieja coiección de salmos que trajera de Inglaterra) el himno que David cantaba al arpa, marchando ante el Arca Santa. Substituyóle Parera en su asiento, y siguiéndole en el piano ese mismo aire marcial, preludió los primeros compases de un acompañamiento a los versos que tenía por delante.

La conversación se hacía general en una atmósfera caldeada de entusiasmo, entre damas y caballeros, militares y sacerdotes, que en aquellos tiempos frecuentaban el estrado, donde eran con tanto respeto escuchados; sin darse cuenta de lo que, sólo y aislado en un rincón, "piano, piano" tarareaba D. Blas "sotto voce". La más atenta de las damas se le acercó interrogando: —; Qué está haciendo, mi maestro? Ya ve Ud. que nos encontramos en apuros. ¡No se animará a ensayar algún acompañamiento para tan hermosa composición?

—Tentándolo estaba, mi señora doña Mariquita; permítame llevar esta hoja, que si el lunes puedo traer algo presentable, a falta de otro mejor, le corregiremos entre todos.

Y recogiendo el impreso y su capa, mientras en ella se embozaba, le despedía la entusiasta pa-

tricia:

—Vaya usted con Dios, y que el santo rey David, poeta, músico, guerrero y buen patriota, le preste su númen. Mañana es domingo, enciérrese y tenga acierto. En la noche del lunes le esperamos con algunas amigas aficionadas para aplaudir su música. Inspirado por Dios y por la patria, no puede resultar mala.

Después de uno, dos y tres ensayos ante los contertulianos de la señora Thompson, y en la sala del señor Luca (según lo recuerda el doctor Juan María Gutiérrez), se invitó para el más vasto salón del Consulado; y en vísperas del 25 de Mayo, refiere el doctor López (nieto) reuniéronse las señoras de Thompson, Escalada y otras, para asistir a la audición de música que tanto entusiasma. Allí damas y caballeros, tribunos, sacerdotes y guerreros de la revolución, se pusieron de pie en aquel concurso, en respetuoso silencio óyeron las notas de un himno, que debía ser el monumento más duradero de la revolución argentina.

Pastor S. Obligado.

Himno Nacional Argentino

Coro

Sean eternos los laureles Que supimos conseguir: Coronados de gloria vivamos O juremos con gloria morir.

Oid, mortales, el grito sagrado: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! Oid el ruido de rotas cadenas!... Ved en trono a la noble igualdad, Se levanta a la faz de la tierra Una nueva y gloriosa Nación, Coronada su sien de laureles Y a sus plantas rendido un León.

De los nuevos campeones los rostros Marte mismo parece animar: La grandeza se anida en sus pechos: A su marcha todo hacen temblar, Se conmueven del Inca las tumbas Y en sus huesos revive el ardor, Lo que ve renovando a sus hijos De la Patria el antigua esplendor. Pero sierras y muros se sienten Retumbar con horrible fragor: Todo el país se conturba por gritos De venganza, de guerra y furor. En los tieros tiranos la envidia Escupió su pestífera hiel: Su estandarte sangriento levantan Provocando a la lid más cruel.

¿No los véis sobre Méjico y Quito, Arrojarse con saña tenaz? ¿Y cual lloran bañados en sangre, Potosí, Cochabamba y La Paz? No los véis sobre el triste Caracas, Luto, llantos y muerte esparcir? ¿No los véis devorando cual fieras Todo pueblo que logran rendir?

A vosotros se atreve, argentinos, El orgullo del vil invasor: Vuestros campos ya pisa, contando Tantas glorias hollar vencedor, Mas, los bravos que unidos juraron Su feliz libertad sostener, A esos tigres sedientos de sangre Fuertes pechos sabrán oponer.

1

El valiente argentino a las armas. Corre ardiendo con brío y valor! El clarín de la guerra cual trueno En los campos del Sud resonó; Buenos Aires se pone a la frente De los pueblos de la ínclita unión, Y con brazos robustos desgarran Al ibérico altivo León.

San José, San Lorenzo y Suipacha, Ambas Piedras, Salta y Tucumán, La Colonia y las mismas murallas Del tirano en la Banda Oriental, Son letreros eternos que dicen: Aquí el brazo argentino triunfó. Aquí el fiero opresor de la Patria, Su cerviz orgullosa dobló.

La Victoria al guerrero argentino Con sus alas brillantes cubrió, Y azorado a su vista el tirano Con infamia a la fuga se dió; Sus banderas, sus armas, se rinden Por trofeos a la libertad, Y sobre alas de gloria alza el pueblo Trono digno a su gran majestad.

Desde un polo hasta el otro resuena De la fama el sonoro clarín, Y de América el nombre enseñando Les repite: —Mortales, oid: Ya su trono dignísimo abrieron Las Provincias Unidas del Sud, Y los libres del mundo responden Al gran pueblo argentino: ¡Salud!

Vicente López y Planes.

La primerá biblioteca



L A Primera Junta de Gobierno Patrio no se concretó a preparar ejércitos a fin de afianzar el pronunciamiento de Mayo. Tuvo diversas iniciativas en favor de la cultura pública, una de las cuales, la más importante tal vez, fué la de crear una biblioteca.

El doctor Mariano Moreno, ilustre secretario de la Jun-

ta, fué el autor del proyecto y fué también el que realizó todos los trabajos para que la feliz iniciativa se convirtiera bien pronto en una hermosa realidad.

Gestionó y obtuvo con ese fin la donación de unos tres mil volúmenes, y mediante una subscripción pública pudo reunir el dinero necesario para instalar la biblioteca en un cómodo local y adquirir los muebles necesarios. El pueblo de Buenos Aires valoró en todo su alcance el alto significado de poseer una institución que mucho hablaba en favor de sus anhelos de cultura, y se asoció con cálido entusiasmo a la obra del doctor Moreno, a quien la Junta confirió "todas las facultades para presidir dicho establecimiento y entender en todos los inciden-

tes que ofreciere".

Con el andar del tiempo, la modesta institución — la primera de su género en nuestro, país y también la primera en toda la América española — fué adquiriendo la importancia reclamada por el desarrollo del progreso de la ciudad de Buenos Aires, y hoy nos enorgullece contar entre las grandes instituciones de cultura popular con la Biblioteca Nacional, que ofrece a los estudiosos, junto con las comodidades de un hermoso y amplio local, un enorme caudal bibliográfico.

"Ha resuelto la Junta formar una biblioteca pública, en que se facilite a los amantes de las letras un recurso seguro para aumentar sus conocimientos. Las utilidades consiguientes a una biblioteca pública son tan notorias, que sería excusado detenernos a indicarlas. Toda casa de libros atrae a los literatos con una fuerza irresistible; la curiosidad incita a los que no han nacido con positiva resistencia a las letras".

"Estas seguras ventajas hicieron mirar en todos los tiempos las bibliotecas públicas como uno de los signos de la ilustración de los pueblos, y el medio más seguro para su conservación y fomento".

En tales términos fundó el doctor Moreno su proyecto, y ellos, después de ciento veinte años de progreso, son todavía de actualidad. Así lo considera el pueblo todo de la República, cuando con los mismos fines auspicia constantemente, con alto patriotismo, las iniciativas de esa índole, a cuyo impulso se debe que existan en el país tantas bibliotecas populares, que son verdaderos centros de cultura y estudio.

El entierro de Güemes

T ODAVÍA recuerdo el magnífico espectáculo de aquel cortejo fúnebre que ví atravesar las calles de Salta, conducido por mi padre y por Whit, que, vestidos de luto y la cabeza descubierta, llevaban con una mano las cintas del ataúd y con la etra a dos niños, Martín y Luis Güemes, que acompañaban llorando el féretro de su padre. Detrás venían dos bellos corceles en arneses de duelo. Veíase a uno de ellos volver tristemente la cabeza como si buscara a alguien. Era aquel negro, testigo de tantas glorias y compañero del héroe hasta la muerte.

Después del fúnebre grupo, venía una inmensa muchedumbre, pueblos enteros, que de largas distancias habían llegado a tributar al gran hombre sus ofrendas de lágrimas y plegarias.

La ciudad guardaba un profundo y piadoso silencio, interrumpido sólo por el clamor de las campanas, las preces de los sacerdotes y los sollozos de la multitud.

La fúnebre procesión pasó ante mis ojos como una visión mística, perdiéndose en el pórtico y las profundas naves de la catedral, donde depositaron las reliquias del héroe al pie del tabernáculo.

Mi padre salió del templo llevando en su pecho la llave de aquel ataúd que encerraba lo único que le restaba de su amigo. A la puerta lo esperaba un grupo de soldados pertenecientes a las guarniciones de Humahuaca

y Río del Valle.

—Señor — dijo uno de ellos, adelantándose cabizbajo, — hemos desertado para venir a ver otra vez a nuestro general para acompañarle hasta su sepultura y llevarnos estas reliquias suyas.

A estas palabras, cada uno sacó de su seno

un rizo de los negros cabellos de Güemes.

Mi padre contempló enternecido a esos hombres leales y les dijo, enjugando furtivamente una lágrima:

—Id en paz, amigos míos, y referid a vuestros compañeros lo que habéis visto, y cómo llora

la patria a sus héroes.

Desde ese día, muchos años han tendido sus luctuosas horas sobre nuestra bella patria; torrentes de sangre la han bañado, arrastrando en montones de cadáveres la generación de entonces, con sus creencias y tradiciones; pero el nombre de Güemes ha quedado inmortal.

Juana Manuela Gorriti.

Buenos Aires Antiguo

BUENOS Aires era una ciudad baja, aplastada y cubierta con las capuchas de los tejados de feísimo aspecto, que tenía, sin embargo, la reputación de la belleza entre las otras ciudades espanolas. Pero esa fama le venía de sus habitantes más bien que de su suelo. En ambos sexos, ellos eran de espíritu alegre y suelto; de alma impresionable y simpática; admiradores entusiastas y copistas ardientes de las grandes novedades de la civilización. Naturalmente inclinados a lo liberal; con algo de aturdido y de liviano, pero siempre bien inspirados, inclinados a la pompa y halagados por la vanagloria que viene de hacer el bien y de realizar hazañas. La sociedad era por esto expansiva y hospitalaria. Su arrogancia era abierta, porque consistía siempre en el anhelo de que su revolución y sus progresos sirviesen a todos, e hiciesen de nuestro suelo y de nuestras leyes el abrigo de todas las razas del mundo que no estuvieran bien avenidas en el suyo.

Tal era entonces la Capital, en cuya frente el poeta de la Revolución había escrito estos versos tan arrogantes como adecuados, entonces, al genio

de la Comuna:

Calle Esparta su virtud, Sus grandezas calle Roma: ¡Silencio! que al mundo asoma La gran Capital del Sud.

Pero, esta era la ciudad que había hecho la revolución de Mayo, que la había defendido y salvado contra todo el poder de la España, proclamando los principios más elevados, más generosos y más humanitarios de la civilización moderna. Esta misma era la ciudad que había vencido y rendido dos ejércitos ingleses; que había deshecho v apresado tres escuadras españolas; que había plantado la bandera argentina en las murallas de Montevideo: que iba con un paso seguro a reconquistar a Chile, a libertar al Perú, y a llevarle soldados a Bolívar para ganar la batalla famosa de Junín y libertar a Quito. Para motejar, entonces, la arrogancia de la cuarteta, sería preciso ver cómo podrían borrarse de la historia o cómo podrían motejarse los hechos gloriosos que la inspiraron.

Vicente Fidel López.

Bernardino Rivadavia

L A vida de don Bernardino Rivadavia es un verdadero ejemplo de austeridad, de labor, de patriotismo. Fué el más ilustre de los gobernantes que tuvo el país en las horas de la lucha por nuestra independencia y de nuestra organización nacional.

Comenzó su actuación pública en el cargo de secretario del Primer Triunvirato. Pero la actuación más destacada como estadista la tuvo en su carácter de Ministro del Gobierno de don Martín Rodríguez, y más tarde siendo presidente de la

República.

A Rivadavia le debemos la creación de la Universidad de Buenos Aires, de un Banco de descuentos, que es el actual de la Provincia de Buenos Aires, de la Sociedad de Beneficencia; la organización de la Administración de Correos y de la Instrucción Pública, fundando en la ciudad y en la campaña numerosas escuelas; la reglamentación de la adjudicación de tierras de propiedad del Estado. En fin, todo cuanto en esa época debía servir para la mejor administración pública y para el progreso de la Patria.

Rivadavia no fué un universitario, como lo fuera Moreno. Los estudios los realizó en las escuelas primarias y luego en el colegio de San Carlos. Pero, fué un estudioso y un visionario que mejor que muchos comprendió lo que debía hacerse para conseguir el afianzamiento definitivo de nuestra nacionalidad. Consideró que al par del progreso material, los gobernantes debían preocuparse por la cultura del pueblo. Sembró a manos llenas todo lo que concebía su inteligencia privilegiada, y así su inmensa obra, a no mediar las guerras civiles, hubiese engrandecido a la Patria en alto grado.

Rivadavia, como San Martín y otros ilustres argentinos, vivió mucho tiempo en el destierro, pobre y olvidado. A su gobierno progresista y culto sucedieron otros en que predominaban el gaucho y la barbarie, y considerando al gran patriota un peligro para realizar sus bajos propósitos, fué expulsado del país, y luego de la República del Uruguay, donde se radicara. Pasó algún tiempo en Río de Janeiro y de allí fuése a Europa, muriendo en Cádiz el 2 de septiembre de 1845.

Había nacido en Buenos Aires el 20 de mayo de 1870.

El pastorcito

Con su palo y con su perro saca el niño a las ovejas. Y van detrás del cencerro las jóvenes y las viejas.

Los cándidos corderitos, como una espuma cardada, llenan de saltos y gritos la ruta de la majada.

Y el niño y el perro llevándola van. Y uno se retrasa y otro se adelanta. Y uno galopín y otro galopán... Y el perro que ladra y el niño que canta.

Los pájaros campesinos saludan por la mañana, con un concierto de trinos que aturden como una diana.

Y el niño con su trajín cruza prados, salta sotos: vagabundo querubín con los pantalones rotos...

Y bajo los álamos, que sombra les dan, mientras la majada se esparce contenta, resuena el cencerro dindán y dindán... y el perro se tira y el niño se sienta.

Juega el viento entre el ramaje, zumba la mosca en su vuelo, pasa una nube de viaje bajo la quietud del cielo.

El niño canta su copla de donaires y de quejas y el perro mira y resopla sacudiendo las orejas.

Y parten la opípara merienda de pan... Corren en la grama, duermen en la siesta. Y se vuelven al fin, galopín, galopán, Cuando ya la tarde se viste de fiesta.

Ernesto Mario Barreda.

La navegación por los grandes ríos

UNA inmensa flota de buques de todo tamaño surca de continuo las caudalosas aguas de

nuestros grandes ríos.

El Plata, el Paraná, el Uruguay y el Paraguay facilitan las comunicaciones a una vasta zona de nuestro territorio. Buenos Aires, Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, Chaco, Formosa, Misiones y la República Oriental del Uruguay, pueden comunicarse entre sí mediante esos ríos, y es así como todos los pueblos ribereños realizan un activo comercio de cabotaje.

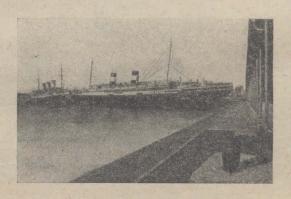


Numerosos vapores, y aun barcos a vela, efectúan entre los puertos viajes regulares. Diariamente salen y llegan al de Buenos Aires buques de pasajeros y de carga procedentes de Montevideo y de otros puntos del litoral.

Constituyen, en verdad, estas vías de comunicación, una fabulosa riqueza para el país. Las aguas profundas y anchurosas, al par que fecundizan extensas regiones, sirven de lazo de unión entre los pueblos que el hombre levantó en sus hospitalarias orillas.

Buenos Aires, Rosario, Paraná, Corrientes, Uruguay, Concordia, Posadas, son ciudades que deben gran parte de su progreso a esos ríos.

A la piragua, sencilla y rústica embarcación, producto del ingenio de los indios que habitaban en las riberas, sucedió la carabela en la que los atrevidos conquistadores cruzaron el Atlántico, y a ésta el buque a vapor, reducido e inseguro al principio, grande y cómodo después, hasta ser un verdadero palacio flotante.



La Pampa

DOR el tren de las seis de la mañana, vía General Acha, hemos realizado nuestro viaje hasta Toay, en donde la línea del Pacífico combina con el Oeste en amplia curva hacia Buenos Aires. No obstante frisar en septiembre, hace mucho frío. Los pasajeros — pocos — que vienen en el convov, son en su mayoría agricultores que se van diseminando en los pueblos v estaciones del trayecto. Todo el mundo pasa por el zoche-comedor en tren de refacción mañanera. Bien arropado, con media cara escondida en la bufanda, establecemos en un rincón nuestro observatorio cerca del calorcito de la cocina. El sol se insinúa en el espacio anunciando un día primaveral. En las mesas próximas se han formado grupos de chacareros que hablan con calor de las perspectivas del año. No se necesita oír las conversaciones para penetrar en el franco optimismo de los circunstantes. Basta mirar la risueña esperanza de los campos...

Se suceden los centros poblados sin interrupción. Cada estación es un foco de actividad y movimiento a la hora del tren. El vecindario y los colonos que vienen a recoger su correspondencia, tienen consagrado este mentidero del andén de la estación en donde se toma lenguas sobre el estado de las sementeras, se palpita el porvenir del año agrícola y se formalizan transacciones.

Predomina en esta masa de población el elemento europeo, rubio casi siempre y de origen inmigratorio. En Villa Iris, centro comercial elemucha importancia, numerosos vehículos de todo tamaño y calidad ocupan el canchón de espera: un par de autos norteamericanos, media docena de bateas rusas con sus cuádrigas fornidas, arañas voladoras y flexibles "boggys"... Al paso del tren se ven las calles rectas y amplias con sus faroles a hidrocarburo o alcohol. Cada estación está provista de sus espaciosos galpones de hierro y tinglados, síntoma evidente de riqueza cerealera.

El molino de viento se alza en todas partes. El rancho de paredes quinchadas y techo de paja, tan vulgarizado en la provincia de Buenos Aires, no se conoce por aquí. Las casas de los colonos son de hierro galvanizado en casi su totalidad.

Pero sigamos en la marcha del tren. El terreno es ligeramente ondulado. Mucho ganado lanar pace por los potreros, a uno y otro lado de la vía. Hasta Jacinto Aráuz, entrada a la Pampa, abundan las praderas naturales. De allí el tren corre por entre sementeras a uno y otro lado. La tierra en esta gran zona está más subdividida. El aspecto externo de cada vivienda demuestra que está bajo el cuidado del propietario. Son campos de colonias subdivididas los que vamos cruzando.

Es rara la casita de material, pelada y sin árboles que la cobijen y le presten su simpática tonalidad. Antes de llegar a Villa Alba, alegra la vista el monte de una chacra donde, de entre el verde suave de sus sauces y las ramas color siena de los álamos erectos, se destaca el rosado de los durazneros en flor. Villa Alba es uno de los focos de colonias rusas más 'significativos de la Pampa. Desde lejos advertimos el letrero de un almacén, en el que junto al nombre polaco de su poseedor, con un "insky" inconfundible, se destaca el título sintomático de "La Pampa Moderna"...

Sigue otra vez la llanura tendida. Un jinete, a lo lejos galopa en un camino en sentido contrario al tren.

Parece que estuviera desprendido de la tierra. Y más allá, mucho más lejos, un remolino de polvo se eleva en amplia columna, hasta desaparecer confundida con aquel azul terroso del cielo. El día es magnífico. Un sol de las once castiga la tierra e improvisa su espejismo a lo lejos. Vuelven a ralear los árboles en las viviendas diseminadas por todas partes, blanqueadas unas, otras de chapas, sin molinos ni reparos.

Después de Bernasconi se advierte el paisaje genuinamente pampeano; la loma poblada de arbustos naturales ensombreando la hondonada.

En Abramo nos cruzamos con el primer tren leñatero, con disposición de seguir a Bahía Blanca. Empieza el dominio de los caldenes. Grandes pilas de leña aguardan turno junto a los desvíos. A menudo cruzamos predios que rueron tupido monte, entregados hoy a la agricultura y sobre los cuales queda aún la remembranza de uno que otro árbol salvaje y disperso en la sábana verde del trigal.

Son los últimos vestigios de la Pampa de ayer, desgarrados del misterio secular para incorpo-

rarse a la civilización.

W. Jaime Molins.

Del Libro "LA PAMPA"

En el monte Olivaia

LEVÁBAMOS cinco días de estada en Ushuaia. Todo lo habíamos visto y admirado; la obra del hombre, raquítica, miserable, y la imponente majestad de la naturaleza con su inmensos bosques y sus altísimas montañas todavía cubiertas por las últimas nieves del invierno.

Pero nos faltaba visitar lo más bello y lo más grandioso que se encuentra en los alredores de Ushuaia: el monte Olivaia y su cascada; su cascada tan poco conocida por los que viven en la capital fueguina — empleados todos y expedicionarios al oro, sin mayores estímulos por conocer o dar a conocer el territorio más lleno se paisajes y de riquezas sin número.



Una vez en la orilla del río, empezamos a costearlo ascendiendo hacia el nacimiento de la cascada. El bosque en esta parte se presenta casi impenetrable: los grandes árboles de una y otra costa inclinados sobre el río, le forman una bellísima techumbre con sus ramas. Próximos ya a la primera caída y para dominar bien el paisaje, tuvimos que pasar a la orilla opuesta v elegimos para esta operación un puente formado sin la ayuda de la mano del hombre. Dos grandes nayas reclinadas sobre el canal habían ido cediendo por el peso de sus ramas hasta unirse y quedar paralelos a la superficie de las aguas; algunos broques de piedra arrastrados por las fuertes corrientes en la época de los deshielos se habían detenido en medio mismo del cauce y servían de firme soporte a este hermoso puente natural. Por allí y arrastrándonos por sobre los dos troncos, pasamos a la otra orilla y pudimos llegar hasta la tercera caída de agua.

Grandioso espectáculo se ofreció a nuestra vista. Al frente, la cascada, con su eterno rumor, rodeada de una atmósfera de agua finísima, y sobre nuestras cabezas, por entre los claros del verde y tupido ramaje de un bosque casi tropical, allá, en los cielos, los primeros picos del Monte Olivaia, del Monte que mirado desde la playa nos había parecido pequeño y de rápida ascensión.

Llevábamos tres horas de marcha; nos encontrábamos sin víveres y sin elementos y no podíamos aventurarnos a pasar la noche en aquellas soledades.

Ascendimos más, sin embargo, pues el paisaje se embellecía gradualmente; de repente, en nuestra marcha hacia las alturas, nos hizo detener un formidable estampido... un bloque de nieve se había desprendido de los altos picos del monte y caía rodando por la pendiente de la cascada. Sólo el ruido llegó hasta nosotros.

José Manuel Eizaguirre.

Del Libro "TIERRA DEL FUEGO"

A corrientes

Yo te saludo, ciudad,
Que enviabas al pueblo mío,
En cada ola de tu río,
Mensajes de libertad;
Que en la horrenda tempestad
Que hundió a la Patria angustiada,
En sombras y en sangre honrada,
Diste al altar de su historia
La ofrenda propiciatoria
Del mártir Berón de Astrada!

Yo te saludo, y me inclino Ante tu frente hoy risueña, Con mi gratitud porteña Y mi orgullo de argentino!... Libertad fué, en tu destino, Hasta acción continental: Sí, porque en día inmortal Y en una sola existencia, Salvaste la independencia Tras el pecho de Cabral Tienes galas; tus mujeres
Huellan frescos azahares,
Mas no suena en estos lares
El rumor de los talleres;
Tienes sol, pero en los seres
Falta luz, la luz aquella
Que el espíritu destella
Y la ciencia sólo inflama,
Más fecunda que la llama
Incipiente de una estrella.

No es mal tuyo, que este mal
Es de América, es de España,
Y es la nube que aun empaña
Nuestro cielo nacional...
¡Corrientes¡ Tierra natal
De los héroes sin historia,
De los mártires sin gloria,
De los dolientes hogares,
Dame sol, dame azahares,
Dame asilo en tu memoria!
Corrientes, 1897.

Rafael Obligado.

Cumplir con su deber

Adaptado

E L general San Martín inspeccionaba una mañana el campamento de Mendoza. Se detuvo ante una puerta custodiada por un centinela.

-"¡Qué es esto?" - preguntó a uno de los

oficiales que le acompañaban.

—"El laboratorio de mixtos", le respondió el oficial.

-"¿Se trabaja ahora?"

-"Sí, señor. Se está haciendo municiones."

Sin averiguar más intentó entrar el general para presenciar el trabajo.

—"; Alto ahí!" — exclamó el centinela, poniéndosele delante.

San Martín, lleno de sorpresa, exclamó:

- -"¿Cómo es eso? ¿no me conoces?"
- —"Sí, señor", respondió el centinela; y refiriéndose al traje militar que vestía San Martín, agregó: "pero así no se puede entrar". Insistió en su propósito de entrar de uniforme y con botas, y el centinela, calando la bayoneta, con acento decidido gritó:
- "Ya he dicho, mi general, que así no se puede entrar!" Y dirigiéndose al cabo: "Cabo de

guardia! ¡El general en jefe quiere forzar el puesto!"

Llegó el cabo y explicó que para evitar un incendio, el centinela tenía orden de no dejar pasar a nadie que vistiera uniforme militar. Ofrecióle el cabo otra ropa y el general, calzando alpargatas y ropa de brin, visitó el laboratorio.

Al retirarse ordenó San Martín que se le enviara el centinela a su presencia, así como fuera

relevado de su puesto de guardia.

Lleno de explicable temor, se presentó el soldado. San Martín le tendió la mano, lo felicitó porque había sabido cumplir con su deber, y en premio, le regaló una onza de oro.

Juan M. Espora.

Romance de ausencia

Arbolitos de mi tierra, crespos de vainas doradas, a cuya plácida sombra pasó cantando mi infancia...

He visto árboles gloriosos en otras tierras lejanas, pero ninguno tan bello como esos de mi montaña.

Mística unción del recuerdo que me estremeces el alma, trayéndome desde lejos, como en sutil brisa alada, un arrullar de palomas cuando el crepúsculo avanza; un aroma de poleos cuando el viento se levanta; y en el silencio nocturno un triste son de vidalas.

Algarrobal de mi tierra, crespo de vainas doradas, a cuya plácida sombra pasó cantando mi infancia.

Ricardo Rojas.

Nahuel - Huapí

N AHUEL-Huapí es el nombre del lago más extenso del país. Su superficie pasa de 800 kilómetros cuadrados y su profundidad es de centenares de metros. Se halla al sur de la gobernación del Neuquén, en plena cordillera de los Andes.

Pero ni su extensión, con ser enorme, ni su gran profundidad, constituyen el motivo de la admiración que despierta en el viajero que tiene la fortuna de llegar a él. Es su belleza soberana la que asombra.



¿Y cómo no ha de ser hermoso un lago de aguas cristalinas, que reflejan el cielo azul y las blancas nubes formando en su líquido seno como inmensas banderas de la patria? ¿Cómo no ha de ser hermoso, si le dan marco las montañas con picos coronados de nieve? ¿Cómo no han de admi-



rar sus islas cubiertas de exuberante vegetación y sus costas con árboles que parecen elevarse para competir en su altura con los cerros?

Nahuel-Huapí es la maravilla del Sud, como

las Cataratas del Iguazú lo son la del Norte.

Estas últimas representan la grandeza que se desborda en torrentes, tempestuosa, incontenible; la belleza magnífica del lago es más apacible, más propicia para meditar sobre la grandiosidad de la Naturaleza que nos brinda esos espectáculos soberbios.

Sólo falta que el progreso ofrezca a los viajeros las comodidades y rapidez de los modernos medios de transporte, para que las magníficas regiones del Nahuel-Huapí se conviertan en el más atrayente centro de turismo de verano.

El chingolo y el gorrión

Cantando estaba el chingolo su brevisima canción, mientras brillaba el lucero como un heraldo del Sol:

—Al verme extraño en mi tierra desmaya mi corazón; como el pobre Martín Fierro, sólo canto mi dolor...

Con la soledad del campo y con el trébol de olor, me voy llevando en el pico la flor de la tradición.

Ya no quedan talas viejos en la estancia sin patrón, y, donde antes la ratona, hace su nido el gorrión...

Escuchábalo un ombú y en solidaria atención, iba anudando recuerdos olvidado en su rincón: No te quejes, compañero
dijo, con antigua voz;
tú vives en el pasado,
y en el presente el gorrión.

El uno, idealismo y sueño, el otro, práctico ardor, entre ambos está el progreso como abeja en una flor.

Rezagados de la pampa hemos de callar tú y yo, que se burlan en su idioma la palmera y el gorrión...

Salió el sol, y en el tejado rompió el silencio el gorrión...

—Al pie del ombú coposo estaba muerto el cantor.

Fernán Félix de Amador.

El tempe argentino



O lejos de de Buenos Aires existe un amenísimo recinto agreste y solitario, limitado por las aguas del Plata, el Paraná y el Uruguay. Ninguno de los que frecuentan el pueblo de San Fernando habrá dejado de visitarlo; a no ser que sea un hombre in-

diferente de las bellezas de la Naturaleza y ajeno a las dulces afecciones. Todo el que tenga un corazón sensible y tierno, lo sentirá inundado de las más gratas emociones al surcar sus plácidas corrientes bordadas de la más lozana vegetación; se extasiará bajo sus frondosas arboledas, veladas de bejucos, y verá con delicia serpentear los numerosos arroyuelos que van a unirse con los grandes ríos.

En mi infancia, arrancado por primera vez de los muros de la ciudad natal, me hallé un día absorto y alborozado en aquel sitio encantador. Más tarde, en la edad de las ilusiones, lo visité impelido por los placenteros recuerdos de la niñez, v creí haber hallado el edén de mis ensueños de oro; y hoy, en la tarde de la vida, cuando la innoble rivalidad ha oscurecido la aureola de mis esperanzas, lo he vuelto a visitar con indecible placer, he vuelto a gozar de sus encantos; he aspirado con dulce expansión interior las puras y embalsamadas emanaciones de aquellas aguas saludables y de aquellos bosques siempre floridos. Este recinto tan ameno, ceñido por los tres caudalosos ríos, son las islas que forman su espacioso delta. ¡Quién pudiera describirlas!

Mil sitios habrá en el globo más pintorescos, por las variadas escenas y románticos paisajes con que la Naturaleza sabe hermosear un terreno ondulado y montañoso; pero ninguno que iguale a nuestras islas en el lujo de su eterno verdor, en la pureza de su ambiente y de sus aguas, en la numerosidad y la gracia de sus canales y arroyuelos, en la fertilidad de su suelo, en la abundancia y dulzura de sus frutos.

El Paraná, como otros muchos ríos, tiene en su embocadura un terreno formado de aluviones y otras causas, que se llama delta por su figura triangular, semejante a la letra griega de ese nombre. El delta del Paraná está comprendido entre varios brazos denominados Paraná de las Palmas, Carabelas, Paraná Miní y Paraná Guazú, por los cuales desemboca en el río de la Plata, el Uruguay y el Plata, que presenta a estos dos últimos su base de unas quince leguas, con una altura que no bajará de treinta, y cuyo vértice está enfrente de la Villa de San Pedro. Este es el territorio insular, que, careciendo de nombre, he querido designar con el de Tempe Argentino.

Marcos Sastre.

Del Libro "EL TEMPE ARGENTINO"

Carapachay

Alzada la esbelta proa El agua en sus flancos riza Y rápida se desliza Como un cisne, mi canoa.

Los sauces, la cabellera Sumergida entre las ondas, Alzan murallas de frondas En una y otra ribera.

En lechos de algas, mecidos Por una brisa indolente, Al paso de la corriente Tiemblan los juncos dormidos.

Hojas, flores, abandona El árbol al lado mío Porque ha empezado el estío A deshojar su corona.

A veces furtiva lanza
Un destello a la pupila
Una luz que tiembla, oscila
Y se extingue en lontananza.

Y a veces, lejano suena, Un rumor que hasta el oído Llega claro, difundido En la atmósfera serena.

Ya es el golpe acompasado De algún remo que voltea, Ya es el ave que aletea Entre el ramaje callado.

La noche está transparente, Tibia, vestida de gala, Y mi canoa resbala, Sobre la tersa corriente.

Y en tanto, con el desvelo De la madre ante la cuna, Está mirando la luna El paisaje, desde el cielo.

Martin Coronado.

El río Paraná



L río Paraná, el Nilo del Nuevo Mundo, llamado por algunos Misisipí de la América del Sud, ha recibido como éste, de los aborígenes, un nombre que expresa su amplitud y magnificencia. El Paraná, en la lengua guaraní significa padre de la mar,

y Misisipí, en la de los natchez, padre de las aguas. No parece sino que esos dos pueblos indígenas de los opuestos continentes hubieran sentido la misma impresión de asombro, al contemplar por primera vez sus grandiosos ríos, para significarla con palabras que en su respectivo idioma exprimen el mismo pensamiento.

¿Quién pudiera abrazar de una mirada todo el conjunto de hermosura, majestad y grandeza del Paraná incomparable! ¡Quién tuviera las alas del cóndor para contemplar desde las nubes esa inmensa balsa de aguas serenas que reflejan el más hermoso de los cielos, con ese archipiélago prodigioso de innumerables islas de variedad indescribible! Aparecieran aquellos grupos de verdor, profusamente esparcidos por la planicie cerúlea de las aguas, cual colosales cestas de flores y frutas, destinadas a decorar el festín del pueblo venturoso que algún día ha de gozar joh, patria hermosa! de tus gracias virginales.



¿A qué compararé el río espléndido? ¿Cómo describiré el más grandioso de los ríos? Su aspecto es majestuoso, dilatado su álveo, suave su corriente. Los altos buques despliegan su velamen y surcan libremente por su canal profundo y anchuroso. Extiéndese con sus afluentes caudalosos por miles de leguas sin obstáculos, brindando a la industria y al comercio inmensas regiones, las más salubres y fértiles del globo, donde algu-

nos pueblos nacientes abren hoy sus brazos fraternales a todos los pueblos de la tierra.

¡Paraná incomparable! Tus escenas son siempre risueñas y de vida, tu verdor es eterno; las lluvias, a la par de las crecientes, perpetúan la frondosidad de tus riberas y tus alas; nunca empaña el polvo el esmalte de sus frondas ni el brillante colorido de sus flores y sus frutos; jamás el huracán turbó la paz de tus florestas; y si el pampero impetuoso pero benéfico, agita con violencia las ondas del Plata indefenso, apenas brisa tus canales protegidos por la espesura de tus islas, sólo esparce el bien en tus dominios, depurando los más ocultos senos de tus bosques. No solamente es admirable el Paraná por lo extenso de su curso, la mole y excelencia de sus aguas, la profundidad y limpieza de su cauce, lo feraz y salubérrimo de sus islas y riberas, la profusión de sus producciones naturales, la benignidad de su temple, y sus inundaciones periódicas, sino también por tantos afluentes navegables que concurren con el Uruguay y sus tributarios a formar el magnífico estuario del río de la Plata, ofreciendo a la navegación y a la agricultura el más vasto v grandioso sistema de canalización e irrigación, que pueda concebir la mente humana.

Marcos Sastre.

Fragmento del Libro "EL TEMPE ARGENTINO"

El Seíbo

Fragmento

Yo tengo mis recuerdos asidos a tus hojas, Yo te amo como se ama la sombra del hogar, Risueño compañero del alba de mi vida, Seíbo esplendoroso del regio Paraná.

Las horas del estío pasadas a tu sombra, Pendiente de tus brazos mi hamaca guaraní, Eternas vibraciones dejaron en mi pecho, Tesoro de armonías que llevo al porvenir.

Y muchas veces, muchas, mi frente enardecida, Tostada por el rayo del sol meridional, Brumosa con la niebla de luz del pensamiento, Buscó bajo tu copa frescura y soledad.

Allí, bajo las ramas nerviosas y apartadas, Teniendo por doseles tus flores de carmín, También su hogar aéreo suspenden las boyeros, Columpio predilecto del céfiro feliz.

Se arrojan en tus brazos, pidiéndoles apoyo, Mil suertes de lianas de múltiple color; Y abriendo victorioso tus flores carmesíes, Guirnaldas de las islas, coronas su mansión.

Rafael Obligado.

Las sierras de Córdoba

DOS de los alumnos del grado habían pasado las vacaciones últimas en las sierras de Córdoba.

Cuando el maestro se dispuso a hablar de éstas, y para ello presentó unas láminas en las que se mostraban panoramas de una gran belleza, ninguno de los dos pudo permanecer en silencio.

- -Yo conozco esos lugares, exclamó uno.
- -Yo también, señor, manifestó el otro.
- -: Cuánto me alegro! dijo el maestro, y continuó: lamento sólo que los demás alumnos del grado no hubieran tenido la misma suerte. Yo la tuve, aunque por una circunstancia dolorosa. Sabrán va que el aire de las sierras es propicio para la cura de enfermedades pulmonares. Tuve la desgracia de que se me insinuara una, la más grave: la tuberculosis. Cuando los médicos me hicieron saber la triste verdad, creí que ya no escaparía de la muerte; pero, ellos me alentaron. Uno me dijo: -No desespere, amigo; su enfermedad es curable; basta seguir un régimen alimenticio y vivir casi permanentemente en reposo. Esto lo puede hacer acá mismo, en su casa; pero, para asegurar la cura es necesario que el clima de Córdoba y el aire de sus sierras le ayuden. Tenemos allá un sa-

BIBLIOTECA NACIONAL

Un aspecto de las sierras de Córdoba

natorio nacional, el de Santa María; yo me ocuparé de su ingreso a él, y, ni una palabra más,

amigo. ¡Váyase!

¡Seis meses estuve en ese sanatorio; mi mejoría fué absoluta; pero, aclimatado ya en Córdoba y deseoso de conocer sus sierras, viví unos meses en Los Cocos y otros en Río Cevallos. ¡ Y aquí me tienen completamente sano.



Tengo, pues, hacia las sierras de Córdoba un motivo de eterna gratitud; las quiero como se quiere a las cosas que le reportaron un gran bien. ¡Y como yo hay tántos que a ellas le deben la vida! Son sierras naturalmente pintorescas y se agrega a esto lo que la mano del hombre ha realizado. El ferrocarril del Estado recorre una de ellas de norte a sur dando al paisaje animación y facilitando el progreso; muchos pueblos se han levantado en sus faldas y a ellos acuden millares de personas,

especialmente en el verano, de todas partes. Allí se disfruta de un clima benigno, se respira aire puro y el alma se deleita en la contemplación de los hermosos panoramas!

¡Ojalá todos ustedes puedan conocer esas sierras, pero que los lleve hasta ellas motivos distin-

tos del que me llevó a mí!

Las Cataratas del Iguazú



"N^O hay lenguaje humano capaz de trazar v perfilar la hiriente impresión que recibe el espíritu ante aquel inmenso juego de las aguas, que sólo la Naturaleza ha podido concebir. Ante su magnitud se sienten vértigos y escalofríos, como si una horrible tormenta lo precipitara al fondo de los abismos. La vorágine de las aguas que llegan a saltos y borbollones sobre el desnivel de los peñones, se agitan convulsivamente en titá-

nicas y desesperadas luchas, para lanzarse luego al espacio, arrojando espumarajos de blancura por entre las lenguas encrespadas de sus olas."



Millones y millones de metros cúbicos de agua, que al precipitarse por infinitos lugares, muchos de los cuales pasan de los sesenta metros de altura, criginan una de las maravillas que ia Naturaleza ha volcado en nuestro suelo.

Hermosa es la región de los lagos, con sus bosques de árboles gigantescos y sus montañas de



aspecto impresionante; majestuose es la Cordillera de los Andes; bellas son las sierras de Córdoba y Jujuy; pero nada es comparable con la grandiosidad e imponencia de las Cataratas del

Iguazú.

El volumen de las aguas y la altura desde donde se precipitan, produce la más grande impresión en quien observa a corta distancia el maravilloso cuadro; agréguese a ello el estrépito ensordecedor de la caída que se asemeja al que produciría un trueno que retumbara sobre nuestras cabezas en forma continuada, y sólo entonces se comprenderá por qué el espíritu se siente empequeñecido, anonadado, ante tanta grandeza.

La yerra

De la vida del campo

L A yerra es una vieja costumbre de la campaña argentina; costumbre completamente criolla, en la que el antiguo gaucho y el paisano actual tienen ocasión de mostrar sus habilidades de buen jinete y notable enlazador. Los niños criados en el campo saben muy bien lo que es una yerra. ¿Y los niños de las ciudades? Probablemente no; para ellos son estos apuntes.

Mucho falta aun para amanecer, cuando ya los peones de la estancia están levantados; unos toman mate, otros preparan el asado; alguno silba o canta, mientras las grandes espuelas, llamadas lloronas, van rasgando la tierra con sonido de acero.

Día de yerra es día de fiesta para las personas y de sufrimientos para los pobres terneros, que deben soportar en sus ancas el dolor de la marca candente.

Apenas aclara el alba, la peonada se larga al campo para sorprender al ganado en los lugares donde ha salido a dormir, antes de que se interne en las selvas o en los bañados. Sigue a los peones una jauría, que en el camino va cazando zorios, zorrinos y comadrejas. De pronto un caballo no bien amansado, se asusta de un avestruz o de una liebre, corcobea furiosamente y despide a su jinete, que rueda por el suelo, como una pelota. El caballo huye a veloz carrera, mientras el gauchito se levanta con los huesos doloridos.

Una hora más tarde, se escucha el mujido de los toros, el relincho de los potros y el ladrido de los perros. La hacienda está rodeada por los peones, quienes haciendo ruido con látigos y guardamontes, la obligan a dirigirse hacia el rodeo. Algún torito bravío se resiste y embiste a los jinetes; pero entonces intervienen los perros, lo muerden en la nariz, en las orejas, en la cola, en los jarretes, y el animal acobardado, busca refugio entre sus compañeros y va también al rodeo.

Ya está la hacienda acorralada y comienza el aparte: los terneros son separados y conducidos a un corral pequeño. Y es luego de esta maniobra cuando empieza la fiesta de la yerra. Cuatro o cinco hombres de a caballo enlazan a los terneros y los arrastran fuera del corral, donde los demás peones aguardan para pialar, voltearlo y marcarlo. Allí cerca las marcas se enrojecen al fuego.

Las muchachas de la vecindad han venido a ver las habilidades de los gauchos y ahí están mirando, a la sombra de los árboles. Y cuando algún paisano ha hecho un buen tiro de lazo, ellas aplauden y sonríen.

Por su parte, el gaucho viejo que ha servido en cien yerras, cuando ha tirado un lindo pial, pide una copa de agua, para mojar la garganta, reseca por el calor y el polvo, y cuando termina la jornada y llega la noche, en torno del fogón, cada uno recuerda sus hazañas, en medio de una alegría sencilla, como el alma de los paisanos.

La esquila

L A primavera ha llegado, tibia como el abrazo de una madre. Los árboles recobran sus follajes y las selvas se muestran de un verde intenso, que alegra el ánimo. Las cigarras ensayan sus cantos; los durazneros y los aromos ostentan sus bellas florecitas olorosas. En el parral, comienzan a brotar los racimos, que han de madurar en enero, despertando el apetito de calandrias y venteveos.

Es la época en que deben ser esquiladas las ovejas, porque la lana ha alcanzado su completo desarrollo; es el tiempo de la esquila. Y la esquila, como la yerra, es una faena anual, invariable, que forma parte de la existencia de los estancieros.

No lejos de la casa principal, están los amplios galpones y debajo de ellos, los bretes donde se acorralan las ovejas. El capataz de la estancia ha avisado a los vecinos el día que empezará la esquila y ese día llegan los esquiladores, con sus tijeras afiladas. Se tienden cueros de vacunos en el piso de los galpones, sobre los cuales, un robusto peón deposita la oveja, maneada de las cuatro patas, para que el esquilador realice la operación. Un rato más, y se oye el tintineo de veinte o treinta

tijeras que funcionan, cortando los vellones, mientras a pocos pasos, el rabaño encerrado llena el aire de balidos.

El capataz vigila el trabajo y va entregando una ficha a cada esquilador, a medida que larga una oveja, ya despojada de su vellón, la cual, antes de quedar en libertad, se da un baño en fluídos antisárnicos, en la pileta hecha a propósito.

Cuando el sol ha subido a la mitad de su carrera, se suspende la tarea para almorzar. Frente a los jugosos platos, los peones se reaniman del cansancio y cuentan historias de otras esquilas y de las carreras ganadas con su caballo.

Después del descanso, se reinicia el trabajo hasta la puesta del sol; el jornal ganado ese día está representado por el número de fichas, cada una de las cuales tiene un valor de cinco, seis u ocho centavos. Hay esquiladores famosos por la habilidad y destreza en el manejo de la tijera, de modo que al fin de la jornada, es envidiable la cantidad de ovejas que ha esquilado, sin cortar la piel del animal. Es el obrero hábil, que conoce su oficio y tiene derecho a ganar mejor.

Este sistema de esquila, con tijeras a mano, es el sistema primitivo, que poco a poco va cayendo en desuso, reemplazadas aquellas por la máquina de esquilar, o esquiladora mecánica. Esta máquina se forma de un conjunto de tijeras que funcionan movidas a electricidad. El esquilador, sin hacer fuerza, se concreta a manejar la tijera, que corta

la lana, como esas maquinitas de cortar el pelo, que usan los barberos.

Entre tanto, los vellones, bien atados con hilo, son cargados y apisonados en grandes bolsas, que luego se depositan en sitio seguro, para que no se mojen. Por este modo, a los pocos días, el rebaño blanquea en la llanura, libre de sus vellones, que han ido a las fábricas manufactureras, para volver convertidos en mil clases de tejidos, que usamos para nuestros vestidos y abrigos...

El ferrocarril

Lanza a los vientos su pendón de fuego, rasga los aires su silbido agudo; su aliento de humo es el fecundo riego que anima el seno del desierto mudo.

¡Miradlo; es el guerrero del presente, el genio armado de la nueva idea; la ley del porvenir brilla en su frente y su penacho de vapor ondea!

¡Miradlo; va tragando las distancias; parece apenas que la tierra toca; y devorado por febriles ansias nubes vomita por su ardiente boca!

¡Miradlo; es el centauro del progreso, es el audaz conquistador moderno; está de sangre su pendón ileso, su gloria brilla con fulgor eterno!

¡La barbarie se esconde amedrentada al divisar su enseña brilladora, como las sombras de la noche alada al centellar un rayo de la aurora! ¡Los tiempos del futuro que dormitan del desierto en las vírgenes entrañas, a su acento despiertan y palpitan cual palpita el volcán en las montañas!

¡Es del progreso la primera aurora! que irradia en esta tierra bendecida, en esta tierra, siempre vencedora, en esta tierra, hidrópica de vida!

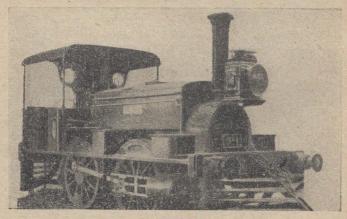
¡Es el acento de la audacia humana que crece, se duplica, se agiganta; que pone de la vida en la mañana las alas del relámpago a su planta!

Olegario V. Andrade.

El primer ferrocarril

E L 30 de agosto de 1857 inauguró sus viajes el primer tren que circuló en nuestro territorio. Limitado era su recorrido, que iba desde la Estación del Parque, situada en la actual Plaza Lavalle, hasta Flores, y reducido el convoy: una máquina — la Porteña — y dos coches para pasajeros.

Día de inmenso júbilo debió ser ése para el pueblo de Buenos Aires. A la novedad se agregaba la certidumbre de que el nuevo medio de transporte contribuiría poderosamente al progreso de



"La Porteña"

nuestro país. Y así ocurrió, en efecto. Bien pronto se extendió a ese pequeño tramo inicial y, andando el tiempo, las líneas de hierro llegaron a los lugares más remotos de nuestra Patria.

A su influjo se fundaron pueblos, se establecieron colonias agrícolas, se engrandecieron las ciudades, se iniciaron muchas industrias o se vigorizaron las existentes; el comercio adquirió nuevas formas, al conseguirse más rapidez, seguridad y baratura en el transporte de las mercaderías.

Día memorable es, pues, para nosotros aquél en que la "Porteña" hizo sentir por primera vez su silbido agudo y penetrante, como anunciando a los hijos de este suelo que comenzaba una nueva era de progreso.



La locomotora y el indio

Doble línea de hierro trazó el blanco: la ruta abrió en el monte con el hacha a impulsos de sus brazos; rasgó el suelo sediento de cultura y tras del hormigón y del cemento marcó las paralelas que buscan para unirse el infinito.

En tanto el indio atónito miraba la invasión singular de sus dominios por el viejo enemigo; pero, su admiración surgióle amarga cuando vió deslizarse por las rectas un monstruo llameante, cubrirse de humo negro el claro cielo, y poblarse de ruido los espacios, obligando a las aves a ocultarse medrosas en la umbría...

Recogiendo la prole de sus ansias, el corazón bien lleno de tristezas, siguió con rumbo al Norte a abismarse en las selvas tropicales.

La economía doméstica

E N los gastos diarios de la casa se halla una gran fuente de ahorros, cuando en la provisión de las necesidades se pone orden y diligencia.

El saber comprar es importantísimo, no tan sólo por la baratura de los artículos, sino también por su calidad; dos cosas que deben consultarse y que deben coexistir para apreciar su bondad; es muy frecuente decir que se economiza con lo barato y resulta lo contrario en la generalidad de los casos; pues, lo caro, no siendo lo lujoso, es de mejor calidad, más durable y mejor adaptado para el uso que se le dé.

Comprar de a poco, también es antieconómico muchas veces. En el comercio minorista el cliente pierde por muchísimas razones lógicas; adquirir en cantidades mayores y razonables es proveerse con conveniencia; el dinero anticipado en estas compras produce su compensación cuando el manejo y el consumo son ordenados.

El saber usar las cosas es más importante aún y en ello radica la verdadera economía. Es necesario que no se derroche, en primer término y luego que se use de habilidad para utilizar los restos de las cosas en la confección de otras tantas necesarias o útiles. La novedad, las famosas liquidaciones y rebajas de fin de estación, de mes o de semana, dan tentación de llenarse de objetos baratísimos, pero

de problemática aplicación.

La mujer, que es alma de la casa y cuya diligencia v laboriosidad son reconocidas y admiradas, es la que maneja los dineros, los dineros del hogar, y es de ella de quien depende su bienestar. Ella efectúa las compras consultando minuciosamente las necesidades; lleva cuenta detallada de las inversiones y consumos; vigila la casa y la servidumbre: transforma la vivienda modesta en coqueta y alegre con los retazos, cose y da vuelta la ropa para renovarla; en fin, pone en todas partes el sello de su mano suave, de su espíritu selecto y el cariño con que lo emprende todo; ella es alma del hogar, por eso la respetamos; con sus virtudes infunde el civismo en los hijos y con su estoicismo ofrece a la patria el precioso tributo del obrero v del soldado.

Juan D. Conde.

Mitre

MILITAR, político, gobernante, escritor: todo eso fué Bartolomé Mitre.

Proscripto durante la tiranía de Rosas, vivió en el Uruguay, en Bolivia, en Chile; en todas partes dió pruebas de su carácter, de su inteligencia. En Uruguay combatió contra el tirano cuando éste invadió ese territorio; en Bolivia dirigió el Colegio Militar y tomó parte en las guerras civiles que por entonces estallaron en ese país; en Chile formó parte de la redacción de varios periódicos, distinguiéndose como escritor.

Producido el pronunciamiento de Urquiza, vuelve a su patria y se incorpora al Ejército Grande mandando la artillería.

Con la victoria de Caseros se inicia la gran tarea de la organización nacional, en la que Mitre toma parte activa.

Fué hombre de partido, y como tal, luchó para hacer triunfar sus ideales. El pueblo lo eligió gobernador de Buenos Aires, legislador y luego Presidente de la República.

En 1865 el tirano del Paraguay, López, invade nuestro territorio y provoca la guerra. Brasil y Uruguay se ponen de nuestra parte y Mitre manda el ejército aliado de las tres naciones, con el que, tras ruda lucha, consigue dominar al déspo-

ta paraguayo.

La actuación de Mitre como militar fué larga e intensa; se inició, siendo casi un niño, como soldado en el Uruguay, y terminó como General en Jefe de los ejércitos aliados en la guerra del Paraguay.

Como legislador y gobernante, favoreció el progreso del país y dió impulso a la instrucción pública; pero en lo que más sobresalió, y que constituye el mayor motivo de recordación para la niñez argentina, es en su inmensa labor como es-

critor.

Fué, por sobre todo, un estudioso singular; la lectura absorbió todas las horas libres que le dejó su accidentada vida. Nos legó así, el más hermoso ejemplo de labor intelectual. Escribió mucho, en periódicos y revistas, tanto en prosa como en verso, pero las obras fundamentales son sus historias de San Martín y de Belgrano, que constituyen verdaderos monumentos de la vida de esos dos esclarecidos patricios.

El caballo del gaucho

Mi caballo era ligero como la luz del lucero que corre al amanecer; cuando al galope partía, al instante se veía en los espacios perder.

Sus ojos eran estrellas, sus patas, unas centellas que daban chispas y luz: cuanto su ojo divisaba en su carrera alcanzaba, fuese tigre o avestruz.

Cuando tendía mi brazo para revolear el lazo sobre algún toro feroz, si el toro nos embestía, al fiero animal tendía de una pechada veloz.

En la guardia de frontera paraba oreja agorera del indio al sordo tropel, y con relincho sonoro, daba el alerta mi moro como centinela fiel.

En medio de la pelea, donde el coraje campea, se lanzaba con ardor; y su estridente bufido cual del clarín el sonido daba al jinete valor.

A mi lado ha envejecido, y hoy está cual yo rendido por la fatiga y la edad; pero es mi sombra en verano, y mi brújula en el llano, mi amigo en la soledad.

Ya no vamos de carrera por la extendida pradera, pues somos viejos los dos. ¡Oh, mi moro! ¡quiera el cielo caigamos juntos al suelo al decir al mundo: Adiós!

Bartolomé Mitre.

El museo de Luján

DOS horas de viaje en tren y estamos en la histórica Villa de Luján.

Breve el viaje: el panorama es hermoso, y satisfecha así la vista, puede andarse sin cansancio mucho más de dos horas. Pueblos florecientes, campos cultivados, bosques artificiales, animales paciendo abundante hierba. todo, queda atrás, dejando en el espíritu una dulce sensación.

Visitar el Museo es nuestro propósito. Nos lo han ponderado tanto que nos anima una gran curiosidad. Por eso vamos de la estación al Museo, con paso acelerado, como si nos hubieran ofrecido dulces para conquistar nuestra voluntad.

Llegamos. La impresión no puede ser más agradable. El Museo conquista de entrada. El histórico Cabildo ha cedido sus viejas dependencias para que nos muestren las cosas de nuestro pasado glorioso. ¡Y qué cosas! Pasamos de una sala a otra, de un patio a otro y en todas partes una sucesión de recuerdos de la vida colonial, de las luchas civiles, de la guerra de la Independencia. Toda la historia aprendida en el aula la vemos como representada allí a nuestros ojos. El maestro nos dicta una lección en cada sala. Esta vez parece que lo hiciera con otras palabras, con

distintos ademanes. Notamos que le brillan los ojos, que le tiembla la voz. —Está emocionado—, dice uno de nosotros. En efecto, está emocionado y nos comunica su emoción. Todos lo escuchamos silenciosos mientras desfilan ante nuestra vista las reliquias que primorosamente se exhiben en el Museo.



Vista general del Museo Histórico de Luján

Salimos con el alma llena de gozo y sin que nadie nos lo indique, como impulsados por una fuerza misteriosa, coreamos la marcha que está siempre en los labios y en el corazón de los niños argentinos: "Dulce patria de Mayo y de Julio, dulce patria que allá en Tucumán..."



Frente del Cabildo de Luján



E N celebración de las fiestas patrias, el Museo ostenta adornos a la usanza antigua, con guirnaldas de sauce criollo, y ornamenta su fachada con inscripciones patrióticas, iluminando su frente con candiles alimentados con grasa de potro, cuyas llamas producen un efecto fantástico en medio de la obscuridad, y en las columnas del edificio coloca las tablillas de los muertos por la patria, en jurisdicción de la Provincia, de acuerdo con una resolución de la Asamblea de 1812. La campana que ostenta el edificio en su parte superior, servía para llamar a sesión a los regidores del Cabildo y para convocar al pueblo.

Leyenda de la Dirección del Museo

Sala del gaucho

ESTA nueva sala llama mucho la atención de los visitantes, y es un justo homenaje a nuestros nobles paisanos que hasta ahora han permanecido poco menos que olvidados, y en un Museo de la provincia de Buenos Aires no podían faltar los recuerdos del gaucho, que tuvo una actuación tan descollante en las luchas por la independencia, por la libertad y en todas nuestras contiendas, donde derramó noblemente su sangre legando páginas hermosas de heroísmo y fidelidad.

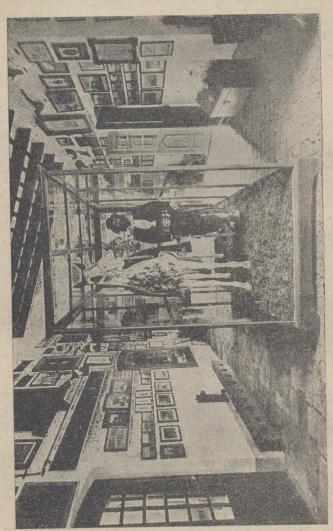
El centro de este salón lo ocupa una gran vibrina de cristal dentro de la cual se exhibe un pai nano de cera y un caballo embalsamado, aperado con prendas auténticas y de exquisito gusto.

La figura del gaucho representa a un capataz de campo de una estancia del Tuyú, del año 1870, región donde se vestía con lujo por ser zona de grandes estancias.

Viste chambergo con barbijo y borla, vincha, camisa, blusa, chiripá y botas de potro, rastra con monedas de plata del año 1815, daga, espuelas y un artístico rebenque.

Como no era posible concebir un gaucho sin su caballo, el mismo señor Barreto, donante del maniquí, regaló un caballo embalsamado, el que

BIBLIOTECA NACIONAL



Sala del gaucho. - Museo Histórico de Luján

ha sido aperado con un rico recado y cabezadas de chapas de plata antigua, sin faitarle el lazo que cubre el anca del caballo.

El poncho que aparece sobre el caballo es una prenda de valía y que tiene su historia: le fué obsequiado a la señorita Victoria Aguirre por un cacique que ella protegía, costeándole la educación de toda su tribu.

En esta misma sala se exhibe la maquette del monumento al gaucho, artística obra trabajada por el doctor Jorge Blanco Villalta y donada al Museo por el doctor Manuel Carlés.

Se ven luego diversas láminas y cuadros con escenas de nuestra campaña, colecciones de frenos, de mates, guitarras, y muchos objetos, como ser petacas de cuero y sillas de tientos, donados por don Ricardo Hogg.

En una vitrina se han reunido muchos recuerdos y curiosidades de objetos usados en el campo, entre otros. se ve un mate de plata que fué cambiado en 1855 por cinco toros criollos en el partido de las Flores: fué donado por doña Salomé Caballero de Nievas.

Los objetos que más llaman la atención del visitante en esta sala, son las magníficas prendas camperas de plata antigua, que coleccionó don Francisco Hernández, donadas generosamente por su esposa doña Isabel Conde de Hernández.

En una pequeña vitrina de pared se expone una pieza rara de indumentaria campera antigua; es un calzoncillo cribado, precioso trabajo en deshilado, con leyendas políticas de la época de Rosas, donado por la señora doña Timotea Alvarez, de Las Flores.

En otra vitrina se exhibe la daga del famoso gaucho Juan Moreira, cedida por una persona vinculada al juez que lo juzgó y el cráneo del mismo que le fué donado al doctor Tomás Perón por el intendente de Lobos, doctor Florencio del Mármol, quien lo hizo extraer del cadáver al practicar un cambio de fosa después de un tiempo de sepultado, el año 1874. El cráneo ha sido estudiado por el doctor Octavio Cháves, quien opina que bajo el punto de vista científico es normal; dicho informe con sus antecedentes, se halla archivado en este Museo.

De la guia descriptiva del M. H. de Luján

Florentino Ameghino



A pocas cuadras de la casa en que vivía, — dice uno de sus biógrafos refiriéndose a Ameghino—, corre el río Luján con sus barrancas. Un día recoge en las orillas un puñado de caracoles, tenía entonces diez años, y, dirigiéndose a su padre, inquirió el origen de aquellos restos. Su padre contestó que los traía el río arrastrados por la corriente, desde lugares distantes de allí. La

respuesta no satisfizo al niño indagador, que se dijo: la corriente puede arrastrarlos, pero no incrustarlos en el barranco. Salió de sus dudas con una excavación. Notó que el terreno tenía los mismos restos y entró, desde entonces, en hondas reflexiones infantiles para explicar aquel fenómeno que le sumió en la lectura, excitó su curiosidad, le incitó a nuevas excavaciones, le condujo a nuevos descubrimientos, encendió sus entusiasmos y abrió de par en par las puertas de su destino.

Desde ese momento, el joven sabio se consagra en forma ya definitiva al estudio, a las investigaciones sobre las riquezas paleontológicas de nuestro suelo, y realiza una labor tan inmensa e inteligente que su nombre se hace familiar en los centros científicos del mundo.

Ameghino, como Sarmiento, es uno de los raros ejemplos de hombres que todo lo deben a su
propia voluntad. Asistió a la escuela primaria de
su aldea y más tarde a una de preceptores en Buenos Aires. Pero, cerrada la escuela, no pudo continuar estudios regulares y libre entonces para
orientarse de acuerdo con el dictado imperioso de
sus inclinaciones, leyó, investigó y escribió con el
empeño febril que ponen los que están dotados
de ideales superiores.

La obra escrita de Ameghino comprende muchos volúmenes; casi toda ella se refiere a sus estudios sobre geología y paleontología de nuestro suelo.

Se consagró también a la enseñanza y comenzó sus tareas docentes como maestro en la escuela municipal de Luján. Más tarde fué preceptor en una escuela de Mercedes (Buenos Aires) y director titular de la misma. Cuando sus producciones le dieron ya merecida celebridad, pasó de la enseñanza primaria a la superior. Fué catedrático, sucesivamente, en las universidades de Córdoba, La Plata y Buenos Aires. Ocupó, además, diversos cargos relacionados con la naturaleza de sus estudios, como el de director del Museo de Historia Natural.

Ameghino nació en Luján, provincia de Buenos Aires, el 18 de septiembre de 1854 y murió en La Plata el 6 de agosto de 1911.

Fué, sin duda, la gloria más pura de la ciencia americana, y su vida ha quedado en la historia como un alto ejemplo de virtud y patriotismo.

Monte Hermoso

MONTE Hermoso!... Para la generalidad só-lo tiene de hermoso el nombre. Es una serie de colinas de arena semimovible, de unos treinta y tantos metros de elevación, de las cuales la más alta lleva un faro destinado a evitar en lo posible los siniestros que con tanta frecuencia ocurren en esta costa. Es una localidad árida y solitaria, abrasada por el sol y barrida por los vientos que azotan el rostro con la arena ardiente, sin agua y sin pasto, y si lo hay, duro y punzante como aguja de colchonero. Por un lado está limitada por una barranca acantilada de doce a catorce metros de alto y de unas veinte cuadras de extensión, cuva base batida por las olas, ora mansas, ora furiosas, del océano, está acribillada de cuevas v hendiduras, derrumbándose en grandes trozos que caen enterrándose en la arena, semejando imponentes monolitos, que luego son poco a poco destrozados por las aguas. Por el otro lado, por la espalda, está aislada por una serie de médanos accidentados, ya en forma de cuchillas largas y angostas, ya cónicas o circulares, formando una faja de un par de leguas de ancho; región casi intransitable, en la que sólo se mueven a la vista del hombre en vertiginosa carrera los avestruces v las gamas. Pero este punto aislado de todo centro civilizado, enclavado en una región poco menos que inhabitable, es, para el naturalista, si no un monte hermoso, un monte de oro, un monte de vida hasta ahora desconocida, muerta si se quiere, pero que revive ante nuestros ojos a los golpes de pico aplicados en la barranca.

F. Ameghino.

Las abejas

E STOS pequeños insectos, lo mismo que las hormigas, nos enseñan el mejor modelo de sociedad, por la forma como viven, como se reparten el trabajo de la casa y por el orden que reina entre ellos.

Las casas que construyen las abejas se llaman panales o colmenas; las abejas agrupadas hacen un enjambre, que se compone de una reina o madre, quinientos a mil machos o zánganos y de mil quinientas a tres mil hembras o trabajadoras.

La madre o reina es la que pone huevos; los zánganos nada hacen y ni siquiera tienen aguijón para picar; las obreras construyen la colmena, traen alimentos para zánganos y reina y cuidan las crías.

¿Se comprende ahora por qué se dice de un hombre holgazán y descuidado, que es un zángano? Porque se parece a la abeja macho de la colmena.

La reina es inofensiva, pero si por casualidad llega a la colmena otra reina, entonces se enfurece y la ataca, hasta que una de las dos sucumba. La que vence, queda como dueña de casa y los demás habitantes la respetan y la cuidan.

Las trabajadoras van a libar el néctar de las flores, elaboran la miel y la guardan en las celdas o cuartitos de la colmena. Si se acerca alguna abeja forastera, las dueñas de casa la reconocen pronto y la atacan hasta darle muerte.

La arquitectura del panal es una obra de arte, muy delicada. Hay en esas: casitas, galerías, patios, habitaciones para la reina y piezas para la miel.

Las abejas jóvenes se encargan del cuidado de la casa, fabrican la cera y alimentan a los millares de ninfas que se están criando. Las adultas, que tienen más fuerza y conocimientos, van a procurar los alimentos por campos, jardines y árboles.

En ciertos pueblos de la antigüedad, la abeja era el símbolo del trabajo y la dulzura; por la laboriosidad de estos insectos y por la perfumada

miel que elaboran.

Con todo, no hay que molestarlas, porque entonces ellas saben castigar con el doloroso pinchazo

de sus aguijones...

La apicultura, que así se llama a la industria de criar colmenas para la producción de miel, es una actividad que produce riquezas y en nuestro país son muchos los granjeros que se dedican a esa industria, en la provincia de Buenos Aires y gobernación de Río Negro, especialmente. La miel es un alimento de primer orden: sano y agradable.

Tucumán

De libertad el arca, del caudillaje tumba,
Guirnalda de mi patria,
De América jardín,
Para cantarte anhelo, ya el trueno que retumba,
La brisa que murmura o el viento cuando zumba

En medio a tus florestas ¡Oh, Tucumán feliz

No canto tus victorias, ni evoco tu grandeza,
Ni recordar pretendo
Tus horas de dolor,
Cantar tan sólo quiero tu espléndida belleza,
Tu exuberante y libre feraz naturaleza
Como rival no tiene
Del Plata al Ecuador.

Oh, Tucumán! yo he visto tu espléndido Aconquija
He visto tus risueñas
Colinas Yamarí,
Por lo grande y bello, de Dios obra prolija,
Que de tu cielo diáfano el manto azul cobija,
Son tus floridos bosques
A orillas del Salí.

Las lianas y moreras y el mirto rozagante ;Oh, Tucumán! festonan
Tu esplendorosa faz,
Detienen la mirada y el paso al caminante,
Y en torno a sus corolas, de néctar anhelante,
Se mira en las mañanas
El picaflor volar.

Y enjambres de brillantes doradas mariposas
Se ven latir las alas
Con incansable ardor,
Y en confusión continua, revueltas, afanosas,
Esperan revolando que caigan de las rosas
Las gotas de rocío
Deshechas por el sol.

También eres grandioso cuando la dulce estrella
Arroja desde el cielo
La luz sobre tu sien,
Cuando la luna hermosa, su claridad destella
Bañando con su lumbre, tan plácida y tan bella,
Tus bosques de nogales,
De cedros y laurel.

Tan sólo se oye, entonces, la brisa vag**a**rosa
Al agitar las ramas
Del verde naranjal;
No hay voces, ni rumores, ni endechas melodiosas
Y el loro, y el tucano, la urraca bulliciosa
Dormitan entre el denso
Ramaje del rosal.

¡Son esas tus bellezas! Mi corazón te admira. Divinas son tus selvas, Tus bosques bellos son. Allí se olvida todo, se sueña, se delira, El corazón no sufre, las penas son mentira Y el alma del poeta Destella inspiración!

Ramón Oliver.

11 de Septiembre



E L 11 de septiembre de 1888 dejó de existir en la Asunción, capital de la República del Paraguay, uno de los argentinos más ilustres: don Domingo Faustino Sarmiento.

Ocupó diversos cargos públicos, hasta el de Presidente de la República; guerreó en las luchas civiles; actuó como Bole-

tinero del Ejército en la batalla de Caseros, que dió por tierra con la tiranía de Rosas; publicó muchos libros de gran valor literario; fué un periodista eximio; pero, por todo sobre eso, se le recuerda por su inmensa obra en favor de la cultura popular y su amor a la niñez.

Su vida es para todos un ejemplo. La pobreza no lo amilanó. Desde niño debió trabajar para su propia subsistencia y para ayudar a los suyos.

La falta de escuela no fué un obstáculo para que se instruyera, pues, dotado de extraordinaria voluntad, estudió solo y adquirió una vasta y sólida cultura. Se abrió camino en Chile, donde viviera expatriado muchos años, a fuerza de perseverancia e inteligencia, y aquí luchó denodadamente hasta obtener el respeto y la consideración de sus conciudadanos, quienes lo eligieron para desempeñar las más altas funciones públicas.

El 11 de setiembre — establecido ya como día de homenaje a Sarmiento — los alumnos de las escuelas públicas consagran a su memoria el delicado recuerdo de la gratitud y el cariño.

El primer ciudadano

DURANTE el período colonial se crearon algunas escuelas primarias en los centros más importantes del virreynato, las que se denominaron Escuelas del Rey. Producida la Revolución de Mayo, cambiaron su nombre, llamándose Escuelas de la Patria.

San Juan contó con una Escuela del Rey, que como las demás, se transformó en Escuela de la Patria. Esta lo tuvo a Sarmiento como alumno.

Ingresó a ella sabiendo ya leer; le habían enseñado en su casa cuando sólo tenía cinco años de edad.

El que fuera más tarde el más grande propulsor de la instrucción popular en nuestro país, se distinguió en esa escuela como el mejor alumno, por su aplicación y por su asistencia. Se recuerda de él, y esto lo saben todos los escolares argentinos, que nunca faltó ni llegó tarde a clase.

Su maestro, el único en realidad que tuvo Sarmiento, se llamaba Ignacio Fermín Rodríguez. Para estimular en el estudio a los niños, Rodrí guez otorgaba el título de **primer ciudadano** al mejor alumno. Este título lo tuvo siempre Sarmiento; ninguno de sus compañeros, por más empeño que pusiera, pudo arrebatárselo jamás.

En esa escuela de su ciudad natal fué el primer ciudadano, y lo fué también cuando hombre, en las luchas por el progreso y la civilización de

la Patria.

Tendero singular

DE vuelta a San Juan, a principios de 1827, entra a dirigir la tienda de doña Angela Salcedo, viuda de Soriano Sarmiento, excelente mujer que le ayudó como una segunda madre. Compartía el deseo de su segundo esposo de vincular al comercio a Domingo con el objeto de abrirle paso y preparar su independencia económica. Asevera Sarmiento que habría llegado a redondear una fortunita sino se entregara bien pronto a los vai-

venes de la política.

En el negocio, este singular tendero pasa dos años intelectualmente muy provechosos. Allí se engolfa en la lectura. Las publicaciones Ackermann le vienen como de perlas. Pone mala cara a los que le perturban pidiéndole yerba o alpargatas. Viéndolo tan enfrascado en los libros una señora beata le tiene por mocito libertino. Aseguraba la buena mujer que solamente libros nada santos podían absorberle en tal grado el magín. Su curiosidad autodidáctica es omnívora. Lee de todo: historia, ciencias exactas, filosofía. Entra en grata familiaridad con griegos y romanos. Olvida el prosaico oficio. Vive ilusamente en plena antigüedad. Por entonces cae a sus manos "La vida de Cicerón", por Middleton, obra en cuatro tomos magníficamente ilustrada, y, poco después, la biografía de Franklin. Ensanchan sus conocimientos y

retemplan su espíritu. Encuentra en el último un gran ejemplo, particularmente contagioso por hallarse en situación similar. "La vida de Franklin - escribe - fué para mí lo que la vida de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, Mme. Roland y otros tantos". Sigue una declaración llena de gracia. Despunta en ella su índole ambiciosa y tesonera: "Yo me sentía Franklin; y por qué, no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor ad honorem como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americana". Punto por punto repitió el programa hasta en el detalle del doctorado honoris causa, conseguido, para mayor honra, en la propia patria del inventor del pararrayos.

Ahora formula una reflexión de naturaleza ejemplificadora. También la llevó a la práctica: "La vida de Franklin debiera formar parte de los libros de las escuelas primarias". La propia experiencia le dictaba que los niños se sentirían tentados de ser franklincitos "por aquella bella tendencia del espíritu humano a imitar los mo-

delos de la perfección que concibe".

Leyendo y estudiando constantemente, mientras atendía los humildes menesteres del almacén, retraído, trasladado con la imaginación a una zona embriagadora de dulces ensueños, de idealismo generoso, preparaba su espíritu para altas empresas y apuraba la llegada de la edad madura.

Alberto Palcos.

Del Libro "SARMIENTO"

Los horneros

Fragmento

Era horrible aquel año la sequía:
Un soplo abrasador
De la tierra argentina calcinaba
La fecunda y magnífica región.

Mugían en los campos los ganados, Ya trémula la voz, Y los pacientes bueyes escarbaban La tierra estéril, sorda a su clamor.

Implacable, entre cárdenos vapores, Su fuego arroja el sol, Y en errantes columnas, lanza el viento Remolinos de polvo abrasador.

Ya no entonan alegres los horneros Su vibrante canción; Pasan mustios, callados, muchos días A la sombra del árbol protector. Ven, en sueños, nidadas de polluelos, Y, en paterna ilusión, Sienten ya bajo el ala cariñosa De sus hijos el grupo bullidor.

No padecen de sed, porque el rocío Que en la noche cayó, Entre las hojas del ombú les brinda Refrescante y purísimo licor;

Ni victimas del hambre desfallecen, Porque en toda estación Ya en el suelo aprisionan, ya en los aires, Las alas del insecto volador:

Están tristes y mudos los horneros, No entonan su canción, Porque son arquitectos, y no hay barro Para hacer el palacio de su amor.

Rafael Obligado.

Vida de Dominguito

Fragmentos

P ASÓ los primeros años de su tierna infancia en una quinta de Yungay, pueblecito a las afueras de Santiago, entonces aislada de otras habitaciones, lo que dió a la educación del niño un carácter particular, pasando sus horas en estrecho contacto con sus padres, a falta de niños de la vecindad con quienes solazarse.

Desde la tierna edad de tres años y medio daba tales muestras de inteligencia, que los domésticos repetían algunas de las observaciones que hacía al experimentar alguna sensación nueva.

Más adelante se verá que este adaptar a la vida real las imágenes, las palabras, o las ideas adquiridas por oídas, por grabados, o por lecturas, es una peculiaridad de su inteligencia y le hace pasar por ilusiones las más extrañas.

Siendo de tan corta edad, que era necesario que un peón lo llevase por delante en el caballo, al ir la familia de Santiago a Santa Rosa de los Andes, al descender los últimos contrafuertes de la cuesta de Chacabuco, ofreciósele a la vista de un golpe y mirado de lo alto el bellísimo valle de Aconcagua, encerrado en un marco de montañas, como una masa de verdura de seis leguas de fondo, salpicada aquí y allí de casitas y alquerías. A

los hombres hechos deleita aquella vista. Al niño lo tomaba de nuevo, y tendiendo los bracitos como para abrazarla, exclamó alborozado: ¡Qué bosque tan lindo!... y a un rato de contemplarlo: ¡pero no como los del Brasil!

El peón que oía, quizá por la primera vez, Brasil, y acaso la palabra bosque no muy casera, como monte, arboleda, huerta, etc.... le preguntó: —Patroncito, ¿en qué son mejores los del Bra-

sil?... ¡Oh! ¡tanto tití!

El peón maravillado, contó la laventura, y comprendió entonces la diferencia, sabiendo que titíes son unos monitos muy monos, los más monos de los simios que se encuentran en las grandes selvas tropicales. Conocíalos el niño por uno embalsamado que había sobre la mesa en la sala como ornato, y había oído hablar de su país y origen. Creía que poblaban los bosques, y se les veía saltando de rama en rama. Luego los bosques de Aconcagua (las huertas de frutales) eran inferiores a los del Brasil. Tendría tres años y medio el naturalista.

No aprende a distinguir claramente porque no le enseñan la diferencia de un niño y un hombre adulto, en aquella vida secuestrada de Yungay, y acaba por considerarse hombre más pequeño que los demás, pero, en las mismas condiciones, ¿por qué no? Ejemplo: Las elecciones de renovación del Congreso o los electores de Presidente caían en Chile en 1851, según recuerdo. Debía tener seis años. Hablábase en el almuerzo de boletas de elecciones que había impreso M. Belin y se discurría como de asuntos corrientes sobre la votación que estaba haciéndose.

-Papá, pregunta Dominguito, ¿por qué yo no

voto?

-¿Por qué no? Eres chileno.

—¿Dónde se vota?

—Tú perteneces a la parroquia de San Isidro, cuya mesa está aquí cerca.

A un rato:

-Papá, ¿cómo se vota?

—Es la cosa más sencilla del mundo. Toma una de estas boletas, vas a la mesa, donde hay mucha gente, dices que vas a votar, presentas el voto, te lo reciben y ya está.

No se habló más de elecciones, yéndose la conversación a una legua de distancia. Acabado el almuerzo, ¿y Dominguito?

—Ha de haber ido a votar, contesta el padre, que conocía a su sonámbulo, y como nada podía suceder, nadie volvió a pensar en ello, hasta oír el grito de triunfo y de gozo del niño que decía desde lejos: ¡Papá, ya voté!

¡Estás borracho!, y contó su gloriosa hazaña, que confirmaron amigos que habían presenciado la escena. Algunos de los votantes apiñados en torno de la mesa, sintieron como una cuña por entre las piernas de unos y otros, para abrirse paso. Prestando atención uno de ellos al importuno, éste dijo su objeto, que era votar, y con tal convicción y ojos tan brillantes lo dijo, que ya se supuso que alguna alucinación había de por

medio. Hízole gracia el caso y tomando al chicuelo de un brazo lo trepó sobre la mesa, diciendo muy seriamente: ¡Un ciudadano que quiere votar! Y como en manera alguna se turbase, Presidente y electores hicieron que tomaban el caso a lo serio:

- —Sí, señor; puede usted votar.
- —¿De qué parroquia es usted?
- -Parroquia de San Isidro.
- Su nombre?
- -Domingo Sarmiento.
- —No, señor, no puede votar, ha de ser hijo del cuyano Sarmiento.
 - -; Soy chileno!
 - -¿Es usted casado?
- -No, señor (risa general que no lo desconcierta).
 - -¿Por quién vota?
 - -; Por don Manuel Montt!
- —¡Ah, pícaro! que no se le permita votar, gritó en tumulto la oposición.

-¡Es partidario del despotismo!

El Presidente restablece el orden, le recibe el voto, y la oposición se lo pasa de uno a otro, lo besan, lo aplauden y lo bajan ebrio de contento.

D. F. Sarmiento

Juan Facundo Quiroga



L A organización nacional no pudo realizarse tan pronto como terminó la guerra de la Independencia por la oposición de un enemigo terrible: el caudillismo. Las provincias estaban dominadas por caudillos, que se erigían en una especie de dueños de ellas, oponiéndose tenazmente a la unidad política del país. La ambición de unos para

dominar a los otros o el afán de reducirlos para organizar un gobierno central, como lo pretendiera Rivadavia, originaron la guerra civil, que por tanto tiempo cubrió de sombras y de duelo nuestra Patria. Muchos fueron esos caudillos; sobre ellos la historia ha estampado en sus páginas palabras de condenación; pero ninguno, salvo el tirano Rosas, ha superado en barbarie a Juan Facundo Quiroga, conocido también por el apodo de "El tigre de los llanos".

Quiroga, hombre de carácter violento, altivo, inculto, enemigo de la civilización, consiguió dominar las 'ocho provincias del norte argentino: San Juan, Mendoza, San Luis, Tucumán, La Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy, estuvieron sometidas a su bárbara voluntad. Militares de la talla de Paz y Lamadrid no consiguieron vencerlo. Hubiera conquistado, tal vez, el dominio de otras provincias, o hubiese sido un tirano con más poder que Rosas, si el bandido Santos Pérez no lo asesinara en Barranca Yaco.

Aquí terminó su vida, pero ha quedado el recuerdo de su acción nefasta. Su figura adquiere cada vez más los caracteres sombríos que nos pinta admirablemente Sarmiento en el libro que lleva el nombre de pila del caudillo.

"Facundo" o "Civilización y barbarie", es obra que por sí sola bastaría para inmortalizar a su autor. "Sombra terrible de Facundo" — dice Sarmiento en las primeras líneas: "voy a evocarte para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que

cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo".

Todo el libro tiene el mismo valor de esa frase admirable y con razón se ha dicho que es la verdadera lápida colocada sobre la tumba del tristemente célebre caudillo riojano.

Anécdotas de Quiroga

E sinagotable el repertorio de anécdotas de que está llena la memoria de los pueblos con respecto a Quiroga. Entre los individuos que formaban una compañía, habíase robado un objeto, y todas las diligencias practicadas para descubrir el raptor habían sido infructuosas. Quiroga forma la tropa, hace cortar tantas varitas de igual tamano cuantos soldados había; hace en seguida que se distribuyan a cada uno, y luego, con voz segura dice: "Aquel cuya varita amanezca mañana más grande que las demás, ese es el ladrón". Al día siguiente, fórmase de nuevo la tropa y Quiroga procede a la verificación y comparación de las varitas. Un soldado hay, empero, cuya vara aparece más corta que las otras. "¡Miserable!, le grita Facundo con voz aterrante, ¡tú eres!...". Y en efecto él era; su turbación lo dejaba conocer demasiado. El expediente es sencillo: el crédulo gaucho, temiendo que efectivamente creciese su varita, le había cortado un pedazo.

Habíanse robado algunas prendas de la montura de un soldado y todas las pesquisas habían sido inútiles para descubrir al raptor. Facundo hace formar la tropa y que desfile por delante de él, que está con los brazos cruzados, la mirada fija, escudriñadora, terrible. Antes ha dicho: "yo sé quién es", con una seguridad que nada desmiente. Empiezan a desfilar, desfilan muchos, y Quiroga permanece inmóvil. De repente se abalanza sobre uno, le agarra el brazo, le dice con voz breve y seca: "¿Dónde está la montura?"... "Allí, señor", contesta señalando un bosquecillo.

Estaba otra vez un gaucho respondiendo a los cargos que se le hacían por un robo; Facundo le interrumpe diciendo: "Ya este pícaro está mintiendo; ¡A ver!... cien azotes...". Cuando el reo hubo salido, Quiroga dijo a alguno que se hallaba presente: "Vea, patrón, cuando un gaucho al hablar está haciendo marcas con el pie, es señal que está mintiendo". Con los azotes, el gaucho contó la historia como debía de ser, esto es, que se había robado una yunta de bueyes.

De estos hechos hay a centenares en la vida de Facundo, y que al paso que descubren un hombre superior, han servido eficazmente para labrarle una reputación misteriosa entre los hombres groseros que llegaban a atribuirle poderes sobrenaturales.

D. F. Sarmiento.

Del Libro "FACUNDO"

La exposición de industrias agrícolas

T ODOS los diarios vienen hablando de una gran exposición agrícola. Dicen que el Ministerio de Agricultura ha ofrecido premios a los mejores productos que se presenten.

La exposición está ubicada en los amplios galpones de la Sociedad Rural, frente al Jardín Zoológico. Como mi amigo Carlos no quiso acompañarme, fuí solo. Carlos prefirió ir a ver un partido de football, a pesar de haberle dicho que ese juego se puede ver en cualquier momento, no así la exposición, porque solamente estará abierta al público durante una semana. ¡Lo que se ha perdido mi amigo! Lo siento de veras, porque ha desperdiciado la oportunidad de aprender muchas cosas interesantes.

Nunca hubiera pensado que nuestro país produjese tanto. Habían cuarenta clases de trigos, traídos de Córdoba, Santa Fe, La Pampa, Entre Ríos, Buenos Aires; quince especies de maíces, procedentes de esas mismas provincias; algodón del Chaco, tabacos de Salta, Misiones y Corrientes; azúcares de Tucumán y Jujuy; vinos de Mendoza, San Juan, La Rioja y Río Negro; maderas de todas clases, procedentes de Formosa, Chaco y Santiago del Estero; manzanas, peras, uvas, de Río Negro y Mendoza; naranjas y mandarinas de Corrientes y Entre Ríos.

En una sección estaban las variedades de linos que se cultivan principalmente en Santa Fe, Buenos Aires y la Pampa. Un gran cartel indicaba que nuestro país es el que produce la mayor cantidad de lino, entre todos los países del mundo: más de dos millones de toneladas por año.

Otra sección contenía los productos industriales, como el maní, el tártago, el girasol y lino, de los cuales se obtienen aceites. Había muestras de plantas textiles y medicinales; muebles fivos, construídos con maderas del país, y que según supe después, los fabricantes venden como si fueran hechos con madera extranjera.

En fin, me es imposible recordar todo lo que vi; pero puedo decir ahora que a una exposición agrícola no debe dejar de ir un solo habitante de la República, para aprender y saber apreciar el adelanto de la Nación. Yo no sabía que en Formosa se cultiva arroz; ahora lo sé y no me olvidaré jamás. ¿Saben ustedes de dónde vienen los orejones y las pasas de uva? Pues de Catamarca, Mendoza y San Juan, aparte de lo que se importa del extranjero, cada vez en menor escala. ¿Saben cuál es la región donde se produce en mayores cantidades y de mejor calidad, la papa? Pues en el partido de Balcarce, provincia de Buenos Aires. Ya ven ustedes cuánto se aprende visitando una exposición.

La hormiga de corrección

UNA noche, hallándonos comiendo en una casa de Tacurú-Pucú, sentimos un inusitado tropel de ratones por el techo, y vimos caer unas cucarachas y grillos sobre la mesa; inmediatamente corrió el grito: ¡La Corrección! ¡La Corrección!, y todos salimos afuera.

Un inmenso ejército de hormiguitas había invadido la casa por un costado y avanzaba amenazador, sin que nadie le detuviese, recorriéndolo todo. Los gritos de los ratones se oían más seguidos y continuamente percibíamos el ruido de algún cuerpo que desde el techo caía: cucaracha, grillo, araña, etc.

Aquel bochinche diminuto, que debería ser terrible con un micrófono, aumentaba; parecía una ciudad tomada por asalto; las hormigas en masas compactas subían, bajaban, lo registraban todo en su marcha, y ;ay del animal que encontrase por delante!: miles se le prendían en las patas, en el cuerpo, en la cabeza, por todo, mordiéndolo con furor.

Aquella avalancha liliputiense era inexorable, limpiaba y seguía limpiando de huéspedes incómodos. Una hora después, el ejército abandonaba la plaza conquistada, para empezar en otra su tarea benéfica. Tuvimos suerte, porque si nos agarra en cama, hubiéramos debido necesariamente escapar en paños menores.

Allí dicen que si el hombre no se mueve mientras la Corrección le pasa por encima, no lo muerden; pero ¿quién puede resistir impasible aquella cosquilla sombría de miles de hormigas que durante un cuarto de hora se divierten en pasearse por el cuerpo, por la cara, por el pelo, etc.? Se necesitaría tener, no sólo sangre de pato, sino también ausencia completa de sensibilidad en la piel.

Muchas personas cuando encuentran la Hormiga de Corrección la convidan para que pase por sus casas, para que las limpien; algunos lo hacen en versos, como éstos:

Hormiguitas, hormiguitas, pasen por casa juntitas para limpiar los rincones que están llenos de bichos y ratones.

Y aseguran que la Corrección acepta la invitación y pronto se aparece en la casa a prestar sus servicios.

Otros, por el contrario, creyéndolas inútiles y por evitarse el fastidio de tener que saltar de la cama a deshoras de la noche, rodean la casa con ceniza, o, cuando las encuentran, hacen una cruz delante de ellas, en el suelo.

Lo cierto es que una vez que se retiran, dejando la casa sin bichos, no se puede cantar victoria, porque los fugitivos, pasado el peligro, vuelven a ocupar sus puestos de costumbre.

Juan B. Ambrosetti.

Del Libro
"TRADICIONES y LEYENDAS GUARANITICAS"

Las hormigas

Ejército sencillo, alineado. Modelo de disciplina. Cuánto pesar, cuánto desvelo por la crueldad monstruosa del hombre que no sabe vuestra labor humilde y al mismo tiempo grave

y hermosa! Yo os contemplo vagando en el jardín, ya sobre un oloroso pétalo de jazmín, ya sobre la sedante beatitud de las rosas, siempre suaves y humildes, sencillas y hacendosas.

Hermanas que lo fuísteis de San Francisco.

Hormigas
que yo tanto venero, sed también mis amigas,
y acaso sienta entonces, bajo la tarde de oro,
el corazón más grande, más noble, más sonoro!

Pedro Mario Delheye.

El kacuy

Adaptado

VIVE en la selva un pájaro nocturno que estremece las almas con su lúgubre canto. Ese ave tiene su historia y es la tragedia de su origen lo que evoca con su grito lastimero.

Cuenta la tradición que en época muy remota, una pareja de hermanos habitaba su rancho en las selvas. El era bueno; quería mucho a su hermana; las algarrobas más gordas, los mistoles más dulces, las más sazonadas tunas, que encontraba en sus correrías por el monte, eran para ella.

Pero, ella era cruel. Gozaba en hacer sufrir a su buen hermano. Una vez el muchacho volvió sediento, fatigado, tras un día de infructuosa pesquisa, pues, como reinaba la seca, estaban los campos yermos. Le sangraba la mano, porque al pretender agarrar una perdiz que había cazado y que cayera entre unas matas, pinchóle una espina punzante y dura, la espina "que hace llorar al tigre". Pidióle entonces un poco de hidromiel para beberla y otro poco de agua para lavarse la herida.

Ella trajo ambas cosas, mas en lugar de servírselas, las derramó. Esta vez, como otras, ahogó su desventura; pero, como al siguiente día le volcara la ollita donde se cocinaba el locro, la invitó para que lo acompañase a un sitio no muy distante, donde había descubierto miel abundante de moros-moros. Esta invitación envolvía propósitos de venganza. Llegaron al pie de un árbol gigantesco. Sobre la horqueta más alta hizo pasar un lazo y preparó en un extremo, a manera de columpio, para que sublese su hermana, bien cubierta por el poncho, en defensa del enjambre ya alborotado por la maniobra. Tirando del otro extremo la levantó hasta llegar a la copa; y cuando ella se hubo instalado allá, sin descubrirse, él empezó a simular que ascendía por el tronco, desgajándolo a hachazos, mientras bajaba en realidad. Safó después el lazo y huyó sigilosamente.

Presa quedaba en lo alto la infeliz. Transcurrieron instantes de silencio. Ella habló. Nadie le respondía...

Levantó un poco el poncho, pero volvió a cubrirse porque las abejas volaban furiosas en derredor. Como el tiempo pasaba y no escuchaba la voz de su hermano, se desembozó de súbito y al descubrir el espacio, el vértigo la dominó.

No pudo bajarse, porque el árbol no tenía más ramas que las que le servían de apoyo; quiso arrojarse, pero no se animó; quiso gritar, mas no pudo porque se le anudaba la garganta, y la lengua se le pegaba en la boca.

Tiritaba de frío y sentía el alma toda mordida por el arrepentimiento. Los pies con el esfuerzo que hacía al apoyarlos en el tronco, fueron desfigurándose en garras de buho; la nariz y las uñas se encorvaban; y los dos brazos emplumecieron desde los hombros a las manos. Al verse de pronto convertida en ave, un ímpetu de volar arrancóla del árbol y la empujó a las sombras.

Así nació el Kacuy, y la pena que se rompió en la garganta llamando a aquel hermano justiciero, es el grito que aun resuena sobre la noche de los bosques natales, gritando:

—Turay... turay... turay.

Ricardo Rojas.

Del Libro "EL PAIS DE LA SELVA"

El libro muy caro

CIERTO señor, padre de un estudiante, fué a la librería para adquirir un libro que su hijo necesitaba. Cuando el librero le enseñó el precio del texto, el señor se mostró sorprendido:

-¿Cómo — dijo al librero — puede costar tanto

este libro? Me parece demasiado cinco pesos.

—Sin embargo — repuso el comerciante — no puedo venderlo por menos y seguramente no lo encontrará usted más barato en otra parte, a menos que vaya a buscarlo directamente a la casa editora.

El señor compró el libro, pues los padres están siempre dispuestos a cualquier sacrificio, cuando se trata de la educación de sus hijos, quienes, desgraciadamente, no siempre comprenden y agrade-

cen ese bien que reciben.

Por el camino a su casa, el señor iba pensando en las causas que elevan el precio de las cosas: libros, calzados, alimentos y vestidos. Pensó que ese libro salió de la casa impresora costando dos pesos y medio, cuando lo compró el librero mayorista; que éste revendió al librero minorista en tres pesos y medio, ganando, como se ve, un peso. Por último el minorista lo vuelve a vender, al público, en cinco pesos, ganando un peso y medio.

Quiere decir que entre el fabricante del libro y el consumidor, que es el estudiante, han intervenido dos intermediarios: el librero mayorista y el minorista. Y como los dos han querido ganar algo sobre el valor del libro, éste ha llegado a costar cinco pesos; el doble de lo que valía.

Y como sucede lo mismo con todos los artículos que necesitamos a diario, el señor de esta historia se preguntó: ¿no habrá algún modo de evitar que

tal cosa suceda?

Estaba en esa reflexión, cuando tropezó con un amigo, a quien explicó lo que venía meditando. Y

el amigo dijo:

—El encarecimiento de las cosas se puede evitar mediante la sociedad llamada cooperativa. Esta sociedad compra directamente las mercaderías en las fábricas y luego las vende a sus asociados, al precio de costo, o con una ganancia mínima, porque una cooperativa no aspira a obtener lucro. Por este procedimiento quedan eliminadas los intermediarios, que son los causantes del aumento de precio...

—En ese caso — repuso — sería lo mismo que

cada uno fuese a comprar a la fábrica.

—Sería igual — contestó — si las fábricas vendieran al menudeo; pero no lo hacen, además de que para vender rebajado, necesita despachar sus artículos en grandes cantidades. La Cooperativa, como usted comprenderá, adquiere mercaderías para un grupo considerable de asociados, exactamente, como cualquier casa de comercio, pero sin la idea de ganar, como he dicho al principio, sino para beneficiar a los accionistas.

Las opiniones del gallo

E L gallo canta claro y no disimula lo que piensa. Dice la verdad, y la dice toda; pondera sin zalamería lo que le parece bien, y critica sin acritud lo que le parece mal.

Así debería tener puros amigos, pues a cada uno le ha de gustar saber que aprecian sus cualidades: también, por otro lado, le ha de gustar conocer sus defectos, para tratar de corregirlos.

Pues no parece que así sea, y muchos, al contrario, acusan al gallo de ser mala lengua, o in-

justo, y le tienen rabia.

La oveja, por ejemplo, no lo puede ver: es cierto que en varias ocasiones ponderó el gallo, en excelentes términos, el gran valor de su vellón y su amor materno; pero también se permitió una vez insinuar que era algo corta de espíritu. Miren ¡si será!

La cabra, sin duda, le habría conservado su amistad, si se hubiera contentado con hablar de su sobriedad y de la excelencia de su leche; pero también dijo que ella tenía el genio algo caprichoso. ¡Una mentira sin igual!

El chajá había quedado muy conforme al oír que el gallo alababa lo abundante de su pluma, lo discreto de su color gris y el buen gusto de su traje, pero no le pudo perdonar el haber criticado su canto.

El burro también quedó con el gallo en muy buenas relaciones mientras se concretó éste a hacer justicia a su templanza y a su amor al trabajo; pero tuvieron que quebrar, pues un día se atrevió el otro a decirle que sus modales eran toscos. ¡Figúrese!

La vizcacha, ella, no quiere saber nada con el gallo, y lo mantiene a distancia, pues la juzgará este señor de bien poco mérito, cuando ni siquiera se ha dignado acordarse de ella nunca.

Por suave que sea el almíbar de la alabanza, cualquier átomo de crítica lo vuelve amargo; pero más amarga aun que la crítica es la indiferencia.

G. Daireaux.

Ahorremos

CARLOS Jiménez entró al aula muy ufano. Había realizado el prodigio de traerse desde su casa un cargamento de libros, cuadernos y cuantos útiles escolares pudo comprar en la librería próxima a su domicilio con el dinero que le regalara su bondadoso padre.

El maestro y los niños — sus compañeros de clase — lo miraron asombrados. ¡Era demasiada carga para su cuerpecito endeble!

¿Y para qué traía tantas cosas? Esa fué la pregunta que cada uno se hizo in mente.

Descargó todo sobre su pupitre; guardó una parte en el cajón del banco, colocó libros y cuadernos en el asiento; desató un paquete y sus manecitas no pudieron detener las dos docenas de lápices, los que, libres de ataduras, buscaron apoyo en el piso. Hasta ese momento sus compañeros lo observaban en silencio; pero la escena de la caída de los lápices provocó la risa ruidosa de todos; algunos, los más próximos se precipitaron en ayuda de Carlos, que no atinaba a recoger sus lápices.

—Termine de una vez, dijo el maestro.

—Tenemos una librería en el grado, expresó con sorna uno de los alumnos.

—Parece que a Carlos lo han encargado de la dirección de la Cooperativa Escolar, apuntó otro.

—No, — terció un tercero — —es que hoy es su cumpleaños y ha traído eso para regalarnos.

Todos los demás hubieran agregado algo, si la voz del maestro no hubiera reclamado silencio.

Cada uno ocupó su asiento y luego que Carlos lubo terminado su difícil tarea de acomodar todos sus útiles, el maestro interrogó:

— Quiere explicarnos, Carlos, por qué ha traído todo eso?

El niño se puso de pie y con voz insegura repuso:

—Mi papá me regaló diez pesos, por ser mi cumpleaños, para que comprase lo que yo quisiera; y, recordando el consejo suyo de que el dinero debía emplearse en cosas útiles, compré todo esto. Vea, señor, si son cosas útiles: dos libros de historia, dos de geografía, uno de instrucción cívica, cinco cuadernos, dos docenas de lápices, seis gomas, diez hojas de papel secante y una caja de plumas. Esto me servirá para todo el año.

—Muy bien, dijo el maestro, y agregó: —¿No tenía ya un texto de historia y otro de geografía?

—Sí, respondió Carlos; pero éstos son más grandes y tienen lindas figuras.

—; Ahora sí que estudiaré con agrado las lecciones!

—Muy bien, dijo de nuevo el maestro. ¿Y ha gastado todo el dinero que le dió su padre?

—Sí, señor; después de comprar todas estas cosas en la librería, me quedaba un peso con ochenta centavos. Entonces compré caramelos, chocolatines y unas masitas que me las comí en el camino.

- —¿Y en esas confituras empleó todo el dinero que le restaba?
- —No, señor; como todavía tenía noventa centavos, compré además cinco revistas y aquí hice un buen negocio: el vendedor me rebajó diez centavos, pues cada una cuesta veinte.
- —¿Y su padre conoce ya la forma cómo ha invertido el dinero que le regaló?
- —No, señor; pero estoy seguro que se pondrá contento cuando lo sepa.
- -Tal vez, dijo el maestro con cierta tristeza: tal vez, aunque creo que opinará como yo... Escúcheme, Carlos, v escúchenme todos. A éso no se llama gastar, sino despilfarrar el dinero. El padre de Carlos, hombre que puede regalar diez pesos, no lo hizo seguramente con el propósito de que su hijo lo gastara así, sin medida y en una sola vez. Le regaló esa suma pensando que compraría cosas útiles, y aunque Carlos no lo crea, todo o casi todo lo que adquirió le es inútil. Esos libros, aunque grandes y con lindas láminas, no le sirven porque están destinados a grados superiores, y no vale la pena anticiparse tanto en poseer textos por lo que podrían servir. Cuadernos, lápices y todo lo demás, ha tenido siempre en abundancia, y esa provisión es para dos años. Por otra parte, unos pocos centavos bastaban para regalarse con golosinas; y esas revistas... En fin, Carlos ha invertido todo su dinero y ya no hay remedio. Quiero decirle que otra vez, cuando tenga la

suerte de que le regalen unos pesos o unos centavos, recuerde lo que siempre hemos dicho en clase sobre la inversión del dinero; comprar lo necesario y si aun resta algo, reservarlo para volver a comprar lo necesario. Las exigencias que la vida nos impone no terminan en una vez; ellas son permanentes, y aunque podamos satisfacerlas siempre, porque los ingresos nos lo permitan, puede llegar un momento en que debamos recurrir a las reservas, esto es, a los ahorros hechos mediante el empleo acertado de nuestros recursos.

El niño escuchó con atención lo que el maes-

tro dijo, v. casi lloroso, manifestó:

—Tiene razón, señor; recién comprendo que dí mal destino al dinero que me regaló mi padre.

—Hay que aprender a ahorrar, amiguito, terminó el maestro sonriente: es necesario ser más previsor...

El pronunciamiento de Urquiza



DON Juan Manuel de Rosas había sido reelegido en 1850 gobernador de la Provincia de Buenos Aires y encargado del Poder Ejecutivo Nacional y de las relaciones exteriores de la Confederación. Pero invocando razones de salud, renunció como lo hiciera ya otras veces. Sin emergido en 1850 de 1850 d

bargo, instado a que continuara "sacrificándose en bien de la Patria", se resignó a seguir desempeñando el cargo desde el cual llenara al país de sangre y de dolor.

Su poder era omnímodo; todas las provincias le respondían: Corrientes, Tucumán y el sur de la Provincia de Buenos Aires se habían alzado sin éxito en su contra. Paz y Lavalle, sus enemigos implacables, fueron vencidos. El uno cayó prisionero y el otro fué muerto en Jujuy. Pudo, pues, seguir gobernando el tirano sin que nadie tur-

bara su tranquilidad. Los ataques violentos de los proscriptos, no producían otro efecto que aumentar la crueldad del Gobernador. Pero un inesperado hecho se produjo: el Pronunciamiento de Urquiza. El 1 de mayo de 1851 el Gobernador de Entre Ríos, general don Justo José de Urquiza, declaró no aceptar a Rosas como encargado de las relaciones exteriores, anunciando que sería reunida la Asamblea Nacional para constituir definitivamente la República.

Esto significaba una declaración de guerra al tirano y éste así lo interpretó. Urquiza obtuvo la alianza de Corrientes, de la República del Uruguay y del Imperio del Brasil, y formó "El Ejército Grande Aliado de Sud América", con el que, en la memorable batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852, dió en tierra con la nefasta tiranía que por más de 15 años desoló nuestro país. El Pronunciamiento de Urquiza hizo efectiva la profecía del poeta José Mármol, que proscripto en Montevideo como tantos otros argentinos, había escrito el 25 de mayo de 1843:

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro El sol de las victorias que iluminando está: Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro Y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Como revienta el Etna tremendo de repente, Reventarán los pueblos que oprime tu ambición; Y, cual vomita nubes de su ceniza hirviente, Vomitarán los pueblos el humo del cañón. Entonces, sol de Mayo, los días inmortales Sobre mi libre patria recordarán en tí; Y te dirán entonces los cánticos triunfales, Que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata, sin negra pesadumbre Te mirarán tus hijos latiendo el corazón, Pues opulenta entonces reflejará tu lumbre En códigos y palmas y noble pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto, Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá; Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto, Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

1.° de Mayo

Grito de rebelión; contra el tirano Vibra como un clarín la voz de Urquiza; Se alza de Mayo la triunfal divisa Y se encumbra el ideal republicano.

La ley se inspira en el derecho humano; La nación vigorosa se organiza, Y en la unión fraternal se inmortaliza La integridad de un pueblo soberano.

Paz, libertad, constitución, progreso, Al trabajo se suman, en la hora Del músculo, el cerebro y la conciencia!

¡Que en esta tierra pródiga en exceso Se funden en la entraña promisora El amor, la justicia y la clemencia'

F. Julio Picarel.

"Gloria a los vencidos de Chancay"

Tal fué — "Gloria a los vencidos en Chancay" — la leyenda que hizo grabar el general San Martín en un escudo, que regaló a Pringles y a los soldados que lo acompañaron en la heroica acción.

Juan Pascual Pringles, natural de San Luis, actuaba como oficial en el Regimiento de Granaderos en la campaña del Perú. En una ocasión debía realizar una operación militar al frente de un reducido número de soldados. Sorprendido por los españoles, en vez de retirarse sin presentar combate, haciendo alarde de un valor temerario, atacó a las fuerzas diez veces superiores a las suyas. Fué rechazado con grandes pérdidas, quedándole sólo cinco hombres. Iba a ser alcanzado y antes de rendirse, prefirió lanzarse a las aguas del océano.

El jefe enemigo, sorprendido ante tamaño arrojo, se acercó a la orilla del mar y consiguió disuadir a Pringles de que cumpliera el heroico propósito de morir antes que entregarse, prometiéndole que respetaría su vida y la de sus valientes soldados. El español cumplió su promesa y Pringles fué tratado con los honores a que tienen

derecho los que realizan actos de abnegación y de sacrificio.

Pringles prestó muchos e importantes servicios a la causa de la independencia americana; sin embargo, todos los hechos de su vida se eclipsan ante el recuerdo de aquel heroico comportamiento.

Para nosotros es y será siempre "El héroe de Chancay".

Un médico de niños



Un médico de niños pasaba todas las mañanas, camino del hospital, por un conventillo en cuya puerta jugaba cotidianamente un grupo de chicos.

Un día su ojo experto echó de menos a uno; volvió a notar su ausencia al día siguiente y se detuvo a inquirir:

—¿Y el rubio?

-Está enfermo, señor.

Y, en efecto, conventillo abajo, en la última pieza, tirado sobre unos trapos, pálido, enfermo, estaba el rubio. Al lado, la madre, una obrera.

-¿ Quién cuida a este niño?

-Un curandero...

-Desde hoy lo cuido yo.

—¿Y usted quién es?

-Ricardo Gutiérrez.

Horas más tarde el generoso médico volvía trayendo él mismo los remedios: los remedios eran juguetes, una profusión de juguetes, y cuando se retiró, dejando a su rubio bueno y sano, dijo a la madre: —Su hijo no estaba enfermo, señora; estaba triste.

De anécdotas como éstas, que nos contara Belisario Roldán, está llena la vida de Ricardo Gutiérrez. Fué fundador y director durante más de veinte años del hospital de niños. Allí derramó el bien a manos llenas, con desinterés, con amor.

Curaba a los niños con una paciencia de santo; les contaba cuentos, jugaba con ellos; les rega-

laba juguetes y confites.

Los enfermitos lo adoraban; era el médico que aliviaba sus dolores y el padre que les hacía caricias.

Porque quiso mucho a los niños y porque fué bueno y noble, su nombre se recuerda siempre con cariño.

Fué también poeta; sus producciones dúlces y tiernas reflejan la bondad de su alma y la claridad de su inteligencia.

Plegaria del alba

Soñé que allá, bajo el hogar paterno, Dormido en tu regazo, madre mía, Sobre mi frente pálida sentía, El beso de tu amor, sublime, tierno.

Soñé que al despertar, tu dulce acento Como un eco del cielo desprendido, Anidaba su música en mi oído Para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada Mis ojos ¡ay' acariciando abría; Y al levantar los párpados veía El rostro de la madre idolatrada.

Y soñé que tu angélica sonrisa Risó por mí tu venerable frente, Como clara y purísima corriente Besada por el soplo de la brisa.

Soñé... más ¡ay! que al despertar del sueño, Me hallé muy lejos del hogar amado, Y tan solo en mi espíritu grabado Tu semblante purísimo y risueño. ¡Ah! yo soñaba despertar contigo Madre de mis hermanos, madre mía, Y me hallé que en un páramo dormía Bajo el cañón del bárbaro enemigo.

Alzando entonces la mirada al cielo, Y besando tus flores perfumadas, Acaso con tus lágrimas regadas, Levanté mi plegaria de consuelo:

Feliz aquel que al despertar del día; Aunque proscripto del hogar paterno, Encuentra el corazón profundo y tierno Que responda al llamarle: ¡madre mía!

Ricardo Gutiérrez.

El rey que no era rey

Imitación

J EREMÍAS era soldado recluta. Hacía poco tiempo que se había incorporado a un regimiento para hacer el servicio militar. Aun cuando era ya un hombre de veinte años, parecía un chiquillo y por cualquier cosa que no le agradara, se echaba a llorar. Es claro que lloró mucho cuando en el cuartel le mandaron barrer, limpiar las ollas y lustrar las armas. Estaba acostumbrado a que su mamá le hiciera todo; hasta que le pusiera los botines. De donde se ve que la mamá era culpable de tener un hijo inservible, incapaz de algo útil y menos de portarse como un hombre.

No pudiendo soportar la dura vida del cuartel, una noche desertó del regimiento. Al siguiente día se notó su ausencia y una patrulla de soldados salió a perseguirlo.

Ese mismo día, el Rey había desaparecido del palacio; se creyó que lo hubieran raptado para asesinarlo. Varios destacamentos salieron a buscarlo por todo el reino. Uno de esos destacamentos, mandado por el capitán Agudo, llegó a una hostería de campaña y preguntó a la dueña si no había llegado por ahí un mozo rubio, vestido de militar. La hostera dijo que en efecto, tenía uno en su casa, que había llegado por la mañana y se hallaba durmiendo.

El capitán, contento de ser él quien encontraba a su Majestad, expresó a la buena mujer que ese mozo era nada menos que el Rey! La hostera casi se desmaya, al saber que albergaba en su hostería a semejante personaje.

En realidad, quien estaba durmiendo allí era el soldado Jeremías. Cuando al fin se despertó y salió al patio, el capitán avanzó hacia él y casi de rodillas le dijo: "—Majestad, aquí estoy para que

mande".

Jeremías no sabía qué hacer; quiso huir, pensando que venían a llevarlo preso, pero viendo el respeto y la obediencia del capitán quedó dudando, sin pronunciar palabra.

—"Majestad — repitió el capitán — no tengo más comodidades que un pequeño carrito; si queréis viajar en él hasta la primera ciudad, os acompañaré gustoso. Si no queréis, decid vuestra voluntad."

Jeremías, a pesar de ser tonto, notó que el oficial hablaba en serio y aceptó viajar en el carrito, en el que pusieron colchón blando y almohadas de plumas.

De este modo, escoltado por el capitán y sus soldados, Jeremías se encaminó a la capital del reino. Por el camino, las poblaciones le agasajaban, le hacían regalos y le servían chocolate y licores. Las mujeres le arrojaban flores; las autoridades le decían discursos; las tropas presentaban armas a su paso. Jeremías disfrutaba de esos regalos, como un rey, especialmente de las cosas de comer, pues como era rústico, más le llamaba la atención los manjares que las flores.

Llegaron a palacio, donde el verdadero rey estaba ya de regreso y enterado de lo que venía pasando con Jeremías. El capitán Agudo entregó al primer Ministro, el imaginario rey que traía y se retiró a esperar la recompensa. Pensaba que por el importante servicio prestado a su Majestad, por lo menos sería ascendido. Y así fué; el Rey lo hizo llamar y en presencia de todos los nobles de la corte, felicitó al capitán y lo ascendió a coronel. El ex capitán quedó confundido, no se atrevía a hablar; se daba cuenta de que ese Rey no era el mismo que trajo en el carrito. Recién cuando se quedó solo exclamó:

—"Bueno, el caso es que me han ascendido, pero, ¿a quién habré traído yo en el carrito?"

I. M. F.



E L zorro se regodeaba con los últimos bocados de una presa, al pie de un árbol, en el bosque umbroso y salvaje, y, ya satisfecho, levantó sus patas y miró hacia la alta copa donde una bandada de loros disonaba su agrio y sonoro orfeón.

Esta vez le parecieron los loros la felicidad suprema sobre la tierra, tan bulliciosamente cantores, tan vistosamente ataviados de oro y esme-

ralda.

Envidioso de sus infulas, meditaba la mane

ra de lograrla para sí.

Interrumpió su admiración la caída de uno de los coristas junto al pie del árbol, herido en el costado por un cazador.

Esta manera inesperada de cumplirse su de-

seo pareció a su hartura obra providencial.

Viéndolo tan al alcance de sus manos le pareció aún más hermoso.

Díjole entonces:

—Dame tu plumaje y te daré para ti y tu hermandad una troja repleta de maíz que un labrador ha escondido cuidadosamente en su campo.

-¿Tanto deseas mi plumaje?

—Es un capricho, una fantasía. Mi color es muy feo y tu plumaje hermoso.

—Mi plumaje es más tuyo que mío, puesto que estoy a tu merced. Pero, escúchame. El dolor inclina a la confesión. Te haré la mía: buscas la felicidad en lo que hace la desgracia de nuestra raza. No somos perseguidos por voraces sino por vistosos. A larga distancia nos denuncian nuestros gritos y nuestras plumas. Nuestra pompa es nuestra ruina. Vocingleros y hermosos, nos pierde lo que nos destaca. La felicidad está en ser como los zorros, un pedazo de tierra, silenciosos y cenicientos.

Parecía el zorro convencido, a juzgar por su silencio. Un último rayo de sol, penetrando como una larga espada entre el verde follaje, encendió las lentejuelas de oro en el ala del pájaro agonizante como para excitar la ambición estética del zorro.

Pero al ver el cuerpo del loro, inerte y todavía tibio, tan cerca de sus zarpas, levantó las triangulares orejas y ensombreció la oblonga pupila: el recuerdo del sabor de la carne ha borrado la seducción del brillo de las alas y no fueron éstas, entonces, sino huesecillos turbadores del premioso engullir de la presa.

Juan B. Terán.

Del Libro "VOCES CAMPESINAS"

Los dos socios

E N el principio del mundo el Zorro y el Perro, además de ser primos, eran socios y poseían en común una casita donde vivían amigablemente y una chacrita que cultivaban a medias. Llegó el invierno, el maíz estaba maduro y era llegado el tiempo de que los socios se repartieran la cosecha. Entonces, un día dijo el Zorro a su primo:

—Escucha, hermano. Mientras yo trabajo en el deshoje, tú podrías ir en busca de fuego para calentarnos y también para cocinar, pues has de saber que el maíz crudo, como nosotros lo ingerimos, resulta indigesto y nos acarrea continuos empachos.

— ¡Fuego...? ¡Y de dónde? — hizo observar pensativo el Perro.

—Pues de esa bola grande y ardiente que alumbra al mundo y que se incendia cada mañana en la cumbre del cerro. Sería muy bueno si te marchases a traer de allí siquiera un tizón.

Accedió gustoso el can y al día siguiente al filo del alba se puso en viaje. Mas apenas había repechado la falda del monte, cuando la bola se había ya soliviado de la cumbre ascendiendo inaccesible por el cielo. Y el mensajero desengañado regreso a la casa, donde su primo le enrostró su falta de diligencia:

—Debiste de haber apurado el paso — díjole — y no dar tiempo a que la bola se marchase.

Te has dejado aventajar!

En días subsiguientes el cándido mensajero madrugó y, sin desayunarse apenas, poníase en camino cada vez más temprano; pero siempre volvía con el cuento de que la bola se había trepado a las nubes. Hasta que comprendió que su socio había venido aprovechando sus ausencias para hurtarle su parte de maíz y atracarse a gusto. Indignado por la felonía, dispuso el Perro la inmediata disolución de la sociedad, diciendo:

—Te desafío a pelear a mordisco limpio. El que gane se quede con todo y el vencido se ha de marchar de aquí para siempre, sin que le asista el derecho de pretender jamás lo que habrá per-

dido en buena ley.

Confiado en sus mañas, arriesgó el taimado Zorro la partida. Y aunque varias veces en medio de la gresca se hizo el muerto, el Perro, encarnizado, lo aporreó malamente, y de lástima no quiso matarlo, pero lo expulsó de la finca.

Juan Carlos Dávalos.

Del Libro "LOS CASOS DEL ZORRO"

25355555

and appropriate from the 7 LL mote man different

El yacaré y el tití

E N la costa de un arroyo, usando de su quinta extremidad, se columpiaba de un árbol un gracioso tití. Oteaba la margen opuesta en la que frutos diversos formaban como gama colores que incitaban su codicia y su gula.

Reprochaba a la naturaleza por su parquedad distributiva: a otros seres dió alas para trasladarse a voluntad de un punto a otro; a los más la aptitud para nadar y a él sólo le había dado una quinta extremidad que bien poco le servía para la búsqueda de alimentos, su primordial ocupación.

Y meditando estaba sobre la manera de vadear el arroyo que lamía la breña, cuando surgió a la superficie ondeante un yacaré, señor de las aguas, incontrastable en todo el término de sus vastos dominios, en los cuales había afianzado su poderío mediante la agudeza de sus colmillos y el vigor ponderado de su cola.

Al ver el saurio una presa apetecida tan cerca de su enorme boca, lanzó un gemido ronco, hiriente; era como la voz salida de una caverna que se hubiera partido en mil pedazos al chocar en ásperas rocas; y el simio en repuesta, emocionado, trémulo gimió también, pero con la vibración de viejo clarín destemplado. Después de tal saludo, dia-

logaron de esta suerte, ganosos ambos de superar en el ingenio para salir airosos en la singular contienda.

—¡Oh! rey de estas comarcas, dijo el mono; apenas observé vuestra presencia revivió en mí la entusiasta admiración que os profeso. Hace tiempo que os buscaba porque ciertas personitas de mis pagos, rogáronme que os condujera a su presencia para admirar vuestra gallarda hermosura.

Interesado el yacaré, abrió tamaños ojos y dió un colazo exteriorizando su placer.

- Quiénes son esas personitas? - exclamó.

—Son las lindas mozas de mi terruño, que han escuchado muchas veces injustos elogios de vuestra espléndida belleza. ¡Oh! cuántas palabras dulces os dirían ponderando vuestros valimientos!...

- Y donde viven?

—Muy cerca de aquí, allá en la opuesta orilla, pasando esa arboleda cuajada de flores purpurinas.

Irguióse un tanto el vanidoso yacaré con la arrogancia muy digna de su estirpe, sondeó con mirada penetrante, y, creyendo en las afirmaciones de su interlocutor díjole:

—¿Y podrás conducirme hasta allá?

—Bien quisiera, respondió, pero temo mojarme al cruzar este pequeño río y mal sentaría a mi salud un tanto quebrantada.

— ¿No me conoces acaso? ¿No sabes que fácilmente puedo conducirte sin que sientas las caricias de estas aguas? -Sí, pero no deseo incomodaros.

—Déjate de cumplidos y ven.

Bajó resueltamente de su apostadero el simio y se sentó sobre el áspero lomo del yacaré. La marcha comenzó lentamente, nadando el saurio con aire triunfador. Y el tití, aunque medroso, no cesó un instante de seguir elogiando a su respetable portador.

—Jamás, le decía entre otras alabanzas, he navegado tan plácidamente como ahora: ¡qué yates, ni góndolas, ni barcas!; nada puede compararse al sereno andar de esta embarcación viviente. ¡Y qué tersura la de vuestra piel! Ásperos parécenme la seda y los metales pulidos. ¡Oh! cuando vean las mozas de mis pagos brillar vuestros lindos ojos se figurarán que parten de ellos rayos del plenilunio...

En tanto, llegaban al destino; el mono dió un salto y otro, y otro más y se trepó a un árbol, sonando carcajadas de burla, mientras el yacaré, furioso por haber sido mofado tan cándidamente, bufando con ira daba un feroz colazo y se sepultaba en las aguas movientes para ahogar su vanidad.

Consejo de guerra extraño

Adaptado

I

DE esto hace ya largo tiempo. El ejército contaba entonces con pocos jefes que no pertenecieran al clásico tipo de los "militarotes".

Por regla general eran bruscos, groseros, nada sociables. Forzosamente habían de ser así, pues habiendo crecido y envejecido en continuo guerrear, primero por la independencia, después por la libertad, les faltó tiempo para cursar estudios y frecuentar salones.

A esta categoría y de los más definidos, pertenecía el comandante Lucio Salvatierra; paisanote aindiado, petizo, rechoncho, gruñón, de cuya edad sólo se sabía que era "viejazo". El mismo la ignoraba, como ignoraba el lugar de su nacimiento, bien que le constara ser "de allá, pu'el este", según su expresión. Se le suponía correntino, por la estampa; pero él protestaba, alegando las razones convincentes de que no lloraba para hablar, ni sabía nadar.

El caso es que, después de muchísimos años de pelear con blancos en el interior y con indios en la frontera, tenía bien ganado su descanso; y el gobierno de la nación se lo concedió, nombrándolo jefe de la guarnición de Martín García.

Salvatierra aceptó el puesto sin entusiasmo; y luego, cuando hubo tomado posesión de su dominio, su mal humor estalló en juramentos y amenazas.

La "isla sublime" de Alberdi; la encantadora reina del Plata que soñara Sarmiento para capital de los futuros Estados Unidos de la América del Sud, se le antojó al gaucho una cancha ridícula para sus hábitos de centauro. Aquel peñasco estéril, clavado en mitad del río inmenso y donde no era posible "galopiar tres cuadras" le ponía fuera de sí. El gobierno se había burlado de él; o quizá, temiéndole, creyéndolo comprometido en alguna conspiración, lo enterraba allí, junto con los presidiarios que debía custodiar, en compañía de los bandoleros que constituían la guarnición.

TT

Su mayor ojeriza era para ésta, para la enormidad de las aguas "que noche y día corren vertiginosamente, galopando al ñudo", como exclamaba en su encono el comandante.

Sin embargo, no había más remedio que resignarse, y él se resignó. Por otra parte, no le faltaban preocupaciones obligado como estaba a vigilar al mismo tiempo a presidiarios y guarnición, tan bandidos y tan a la fuerza confinados allí los unos como los otros.

Empero, la causa de su mayor tormento estaba en las continuas y misteriosas evasiones de presos y de soldados. Casi no transcurría una semana sin que alguno desapareciese.

¿Cómo? Embarcaciones no había. ¿A nado?... Era mucha agua la atravesada entre la isla y la costa oriental, y si algún nadador de excepción era capaz de la proeza, resultaba materialmente imposible que la repitiesen uno tras otro, presidarios y milicos; a los tres meses de su estada en Martín García, tres de los primeros y cinco de los segundos se habían hecho humo.

Salvatierra estaba furioso y se pasaba las noches en claro, rondando y prometiendo un castigo ejemplar si cazaba a alguno de los fugitivos o de sus cómplices. Pero todo era inútil. No encontraba nunca en la agria intemperie de la isla otro bicho viviente que la vieja yegua tubiana, una petiza sin dueño que pacía tranquilamente el pasto duro.

El comandante había llegado a cobrarle rabia a la tubiana, pues se le antojaba que a su paso en las noches de ronda, aquella lo miraba con cierta expresión burlona.

Cierta tarde, el paisano se sintió enfermo y ganó la cama, mandando que le hiciesen un te de manzanilla y le pusiesen en el pecho unos parches de papel de estraza y cabo de vela.

-Para cualquier mal, no hay otra cosa me-

jor que el sebo — dijo.

Y a él debió sentarle bien, porque en la madrugada, algo más de una hora antes de aclarar, se vistió, empuñó su pistola Lafoucheux y salió sigilosamente, desafiando el frío. Agazapándose, recorrió la costa, llamándole la atención la ausencia de la tubiana. La buscó inútilmente y ya empezaba a creer que se hubiese ahogado, cuando, echando una mirada al río vió, a la primera luz del día, un bulto que nadaba en dirección a la isla. Se ocultó de inmediato, y a poco notó con asombio que el nadador era la yegua. Esta, muy confiada, pisó tierra, se sacudió y se echó resoplando fatigosamente.

—¡Muy bien!... ¡pero muy bien!... — exclamó el jefe y volvió al cuartel, observando las mismas precauciones que a la salida.

Poco después se levantaba, hacía formar la tropa y empezaba la averiguación. Por lo pronto faltaba un milico, el mulato Estanislao.

Ante las amenazas terribles del comandante, la verdad apareció completa: en el momento propicio, el desertor se iba a la playa, montaba en la tubiana, se lanzaba al agua y así ganaba la costa oriental. Luego la yegua puesta en libertad, se apresuraba a regresar a la querencia.

Por orden de Salvatierra la culpable fué traída a la cuadra. Allí se hizo el simulacro de consejo de guerra sumario y la tubiana fué condenada a muerte "por cómplice de deserción".

Se formó cuadro, se eligieron cuatro tiradores... y el "reo" fué debidamente ajusticiado.

Desde entonces las deserciones se hicieron rarísimas.

Javier de Viana.

El caballo asustadizo

UN caballo quería mucho a su amo; también lo quería mucho éste a él, porque era bueno y guapo, y siempre hubieran vivido en la más perfecta armonía, si el caballo no hubiera sido tan asustadizo.

Una rama meneada por el soplo de la brisa; un cuis disparando entre las pajas; un terú que de pasada lo rozase con el ala; la sombra de una nube, el ladrido de un perro, el chillido del viento, todo era pretexto para que se espantara, cortara huascas y disparara.

Un animal bueno, pero enloquecido por el

miedo.

Un día, iba montado por su amo, ambos medio perdidos en los sueños que tan corridamente nacen, se desvanecen y se renuevan con el suave hamaqueo del galope, cuando de repente toparon con una osamenta colocada en el mismo medio de la senda que seguían y tapada por yuyos altos.

Fué cosa ligera: el caballo pegó una espantada tal, que volteó sin remedio al amo en la zanja, y emprendió la carrera como perseguido por la misma osamenta. En la disparada loca, enceguecido por el miedo, sin tener otra idea que la de huir, huir lejos, huir siempre, puso la mano en una cueva de peludo y se mancó; se llevó por delante un alambrado de púa; dió vuelta de carnero, cayó del otro lado, torciéndose el pescuezo y
lastimándose todo; cruzó cerca de un rancho, y
los perros lo siguieron hasta morderle las patas;
al querer escapar de ellos, atravesó a toda carrera un charco pantanoso donde pisó mal y se desortijó, y cuando por fin llegó, sin saber cómo, a
las casas, manco, rengo, ensangrentado, medio
descogotado, y sin el recado, renbrado por todas
partes, el amo le pegó una soba de mil rabias.

No hay peor consejero que el miedo, y a cualquier peligro, aunque no sea más que con bufi-

dos, siempre hay que hacerle frente.

G. Daireaux.

Un viajero anónimo

S E aproximaba al puerto de Buenos Aires un gran trasatlántico; todo el pasaje oteaba desde la borda las avanzadas de la ciudad, constituídas por los enormes galpones de las dársenas, los altos edificios de las avenidas magníficas, las chimeneas de las fábricas y la cúpula negruzca del Falacio del Congreso, que aparecía en el fondo del inmenso panorama como enclavada en nubes teñidas de sol.

Un anónimo pasajero salió de su escondrijo — un huequito oscuro de un gran cajón de mercaderías — tal vez para participar de la curiosidad y del embeleso de toda esa gente apoyada en la borda, o simplemente para mover un poco sus músculos, aquietados durante muchas horas de obligado encierro.

Carreritas hacia aquí, carreritas hacia allá; así andubo algún rato sin que nadie notara su diminuta presencia. Pero al cabo trató de subir una montañita, que no era sino el poco diminuto pie de una señora muy gorda y muy alta. Y sobrevino de inmediato una confusión indecible en todo el pasaje. La señora de los pies poco diminutos lanzó un ¡ay! agudo que estremeció a los circunstan-

tes; los hombres se aprestaron a auxiliarla, las mujeres corearon el alarido y más de una dió con su humanidad contra el piso en la prisa del salto defensivo o al iniciar la huída.

Nuestro viajero tuvo que hacer proezas de agilidad para escapar al zapateo furioso de todo ese concurso; por primera vez en el largo viaje sintió miedo y hubiera sentido también indignación si hubiese entendido las palabras groseras que le dijo toda esa gente tan lujosamente vestida.

Así que tuvo libre un caminito, ¡patitas, para qué os quiero y para cuándo os reservo!, se dijo, y se metió de nuevo en el huequito oscuro.

Aun estremecía su cuerpo el temblor producido por el miedo, cuando comprendió que soliviaban su cómodo compartimiento y que lo depositaban luego en tierra firme. Era el momento de pensar en el porvenir. El destino lo había traído a Buenos Aires, como pudo haberlo llevado a cualquiera otra ciudad del mundo.

—¿Debo abandonar este cajón, que por ahora me da albergue y alimento o recobrar mi libertad? — se preguntó el viajero; y como la desgracia le había enseñado a ser localista, se quedó quietecito en su escondrijo.

Así fué el arribo de Ratoncito Pérez a Buenos Aires. La historia no registra ni el año, ni el día, ni la hora de tan fausto acontecimiento, como ocurre cuando entra a un país un viajero de pro. Pero, para este cuento, ni falta que hace ese dato cronológico...

Los aviadores

UNA muchedumbre de pueblo se halla reunida en la calle principal de la ciudad. Todas las miradas están clavadas allá lejos, en el cielo y en las nubes. Los hombres, sin conocerse, hablan y discuten. ¿Llegará o no? Los diarios de la mañana han anunciado que los aviadores arribarán a las tres de la tarde. Faltan diez minutos para esa hora; todos consultan sus relojes; los que no tienen de bolsillo, miran en los relojes públicos. De pronto se oye un grito: "¡Allá viene!" Y cien mil ojos dirigen la mirada al lugar señalado.

En efecto, sobre el lejano horizonte se alcanza a ver un puntito negro que se agranda poco a poco; no hay duda, no es un pájaro, sino el avión que se espera. Los diarios hacen reventar bombas para anunciar a la ciudad el arribo de los aviadores.

Al poco rato se percibe ya el ronquido del poderoso motor; un momento más y el pájaro mecánico vuela sobre las cabezas de la multitud ante el aplauso del gentío, que así premia el arrojo de esos valientes.

¿De dónde vienen? De muy lejos; han tenido que volar días y días, sobre los continentes y sobre los mares. Han atravesado las nubes y las tormentas del espacio. Pero la máquina creada por el pensamiento humano, ha funcionado sin cesar y ha sabido vencer las dificultades atmosféricas.

Admiremos ese fruto de la inteligencia, ese instrumento del progreso cuva velocidad acorta las distancias.

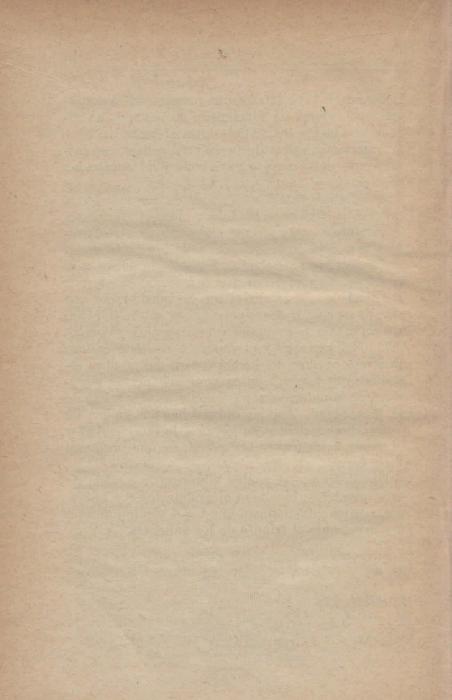
Admiremos también el valor de los aviadores, que con peligro para su vida, se lanzan al espacio, llevando a tierras lejanas el saludo de otros pueblos, más allá de los océanos y de los continentes!

En algunos países, el transporte de personas y correspondencias se efectúa regularmente ya, por medio de aviones y dirigibles. Se puede creer que dentro de uno o dos siglos, acaso antes, el avión sea un medio de comunicación tan seguro y común, como el ferrocarril y el vapor... Ese maravilloso progreso es obra del hombre, pero del hombre estudioso que procura aprovechar las fuerzas mecánicas de la naturaleza, para ponerlas al servicio de la humanidad. Así se aprovechan las caídas de aguas, las corrientes de los ríos, la electricidad y el vapor, para mover las máquinas, que producen luz v fuerza.

Era justo que el pueblo admirase la hazaña de esos aviadores; hizo bien al premiarlos con aplausos, porque ellos indican que todos sienten alegría

generosa, ante el triunfo de los valientes.





INDICE

		Pág.
A los alumnos de cuarto grado		8
Argentina		9
Las provincias		11
Los territorios		13
La Capital Federal		15
"Mi patria ante todo"		18
Primitivos habitantes del país		20
Penurias de los primeros pobladores de Buenos		23
La conquista espiritual		28
La primera escuela		30
Nuestra escuela		32
La escuela. — E. de Amicis		34
La distracción. — F. J. Picarel		37
La primera imprenta		39
Producciones e industrias durante la colonia		41
Las industrias		43
El petróleo en la Argentina. — E. R. Lavalle		46
Elevadores de granos		48
Los transportes terrestres		52
La caballería argentina. — J. R. Millán		55
Los colores nacionales		57
Nuestra bandera		59
La bandera. — G. B. Aquino		61
Gesto patriótico		62
El Himno Nacional P. S. Obligado		64
Himno Nacional Argentino	Townson.	67

	ag.
	18
La primera biblioteca	70
El entierro de Güemes. — J. M. Gorriti	73
Buenos Aires antiguo. — V. F. López	75
Bernardino Rivadavia	77
El pastorcito. — E. M. Barreda	79
La navegación por los grandes ríos	81
La pampa. — W. J. Molins	83
En el monte Olivaia. — J. M. Eizaguirre	87
A Corrientes R. Obligado	90
Cumplir con el deber. — J. M. Espora	92
Romance de ausencia. — R. Rojas	94
Nahuel Huapi	95
El chingolo y el gorrión	98
El Tempe Argentino. — M. Sastre	100
Carapachay. — M. Coronado	103
El río Paraná. — M. Sastre	105
El sefbo. — R. Obligado	1.08
Las sierras de Córdoba	109
Las cataratas del Iguazú. — E. B. Morales	113
La yerra	116
La esquila	119
El ferrocarril. — O. V. Andrade	122
El primer ferrocarril	124
La locomotora y el indio	126
La economía doméstica. — J. D. Conde	129
Mitre	131
El caballo del gaucho. — Bartolomé Mitre	133
El Museo de Luján	136
Frente del Cabildo de Luján	137
Sala del gaucho	141
Florentino Ameghino	144
Monte Hermoso. — F. Ameghino	146
Las abejas	148
Tucumán. — R. Oliver	151
11 de Septiembre	153
El primer ciudadano	
Los horneros. — R. Obligado	157
LOS HOTHEROS. — R. Obligado	1

		Pág.
		-
Vida de Dominguito. — D. F. Sarmiento		159
Juan Facundo Quiroga		163
Anécdotas de Quiroga. — D. F. Sarmiento	351	166
La exposición de industrias agrícolas		168
La hormiga de Corrección. — J. B. Ambrosetti		170
Las hormigas. — P. M. Delheye		173
El Kacuy. — R. Rojas		174
El libro muy caro		177
Las opiniones del gallo. — G. Daireaux		179
Ahorremos		181
El pronunciamiento de Urquiza		185
1º de Mayo. — F. J. Picarel		188
Gloria a los vencidos de Chancay		189
Un médico de niños		191
Plegaria del alba. — R. Gutiérrez		193
El rey que no era rey. — I. M. F		195
El zorro y el loro. — J. B. Terán		198
Los dos socios. — J. C. Dávalos		201
El yacaré y el tití		203
Consejo de guerra extraño. — J. de Viana		206
El caballo asustadizo. — G. Daireaux		210
Un viajero anónimo		212
Los aviadores		214



